

*Los amores y Sesamores
de
Camila Candelaria*



Gerardo Piña-Rosales

colección [dis] locados

LOS AMORES Y DESAMORES DE CAMILA CANDELARIA

Gerardo Piña-Rosales

colección **[dis]** locados

literalpublishing

Este libro fue posible gracias al apoyo del Humanities Research Center y la School of Humanities de Rice University.



Primera edición 2014

D.R. © 2013, Gerardo Piña-Rosales

D.R. © 2013, Literal Publishing

5425 Renwick

Houston, Texas, 77081

www.literalmagazine.com

ISBN: 978-0-9897957-0-8

Ninguna parte del contenido de este libro puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso de la casa editorial.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

A Mariel y Eva, siempre

*Yo, múltiple
como en contradicción,
atada a un sentimiento sin orillas
que me une y me desune,
alternativamente,
al mundo.*

JULIA DE BURGOS

Nací y me crié en San Juan de Puerto Rico, aunque he pasado la mayor parte de mi vida adulta en Nueva York. Soy la mayor de tres hermanos: mi hermana Milagros, que vive recluida en un convento de Carmelitas Descalzas, en Chicago, y mi hermano Román, sin residencia fija.

Mi padre era de Bayamón, de orígenes muy humildes, de clase trabajadora. A pesar de sus escasos estudios –por falta de medios no había podido ingresar en la universidad–, Papi había conseguido un puesto de funcionario en el gobierno, el cual, aunque mal remunerado, le dejaba tiempo suficiente para sus aficiones, o mejor dicho, para su única y gran afición, la lectura. Sus ideas políticas y sociales eran muy avanzadas, muy progresistas, para aquella época, por lo que debió sufrir mucho al verse atrapado en las redes de la mediocre tiranía de los burócratas; pero como era hombre de poco carácter, sin espíritu de lucha, poco a poco se había ido resignando irremisiblemente a la aplastante rutina de su vida. Mi padre se consideraba un fracasado, pero ni a mis hermanos ni a mí nos mostró nunca su amargura, su desengaño. Yo lo quería y admiraba muchísimo.

Mi madre proviene de una vieja familia ponceña de cierto abolengo –de ascendencia española–, venida a menos. Mi abuelo Anselmo había sido propietario de una central azucarera, pero en 1920, al quebrar la empresa, se trasladó con su familia a San Juan, donde tuvo que ponerse a trabajar como cualquier hijo de vecino. Mi madre, que se daba muchas ínfulas de grandeza, no desperdiciaba ocasión de echarle en cara a papá que no abrigara más ambiciones, que se contentara con el modesto sueldo de funcionario, de *chupatintas*, como decía

ella. Mami era muy dominante, muy mandona, y cuando se en-fogonaba, armaba unos revolús de los demonios. Mi padre se las veía y se las deseaba para escabullirse de su acoso: empezaba por encerrarse en su cuarto, refugiándose en sus librotes; pero después, como mi madre, empantalonada, seguía despotricando contra esto y aquello, mi pobre padre, desesperado, acababa por marcharse de casa, y no le veíamos el pelo en dos o tres días. Sospecho que ya por aquel entonces se había echado una corteja, una querida –con la que años después se casaría–.

Yo recibí una educación muy estricta, muy conservadora. Durante cuatro años estuve internada en el Colegio de la Inmaculada Concepción, pasando después a una escuela pública, en Río Piedras, donde residíamos.

A los trece años, era yo una muchachita bastante desarrollada para mi edad. Con mis grandes ojos negros y labios pulposos, mi piel canela –de mamey, decía Papi–, mi melena azabache, ensortijada y sedosa, mis torneadas caderas, mis nalgas paraítas y mis pechines en punta, causaba sensación entre los muchachos. –¿Quién me iba a decir a mí que ese atractivo físico habría de ser la razón principal de mis desdichas?!– En la calle, los hombres me comían con la mirada, y algunos, los más desvergonzados, hasta se atrevían a lanzarme piropos y requiebros subidos de tono. Yo procuraba ignorarlos, pero la verdad es que aunque me daban un poco de miedo, en el fondo, me halagaban. Mi madre, celosa guardiana de mi virtud, haciéndose eco de los consejos y admoniciones monjiles, no se cansaba de repetirme que la virginidad era el tesoro más preciado de la mujer y que había que tener pero que muchísimo cuidado con los hombres, porque el demonio andaba de continuo al acecho.

Mi primera experiencia amorosa –si es que puedo llamarla así– la tuve con Eduardo, un primo mío, dos o tres años mayor que

yo. Al principio, fueron sólo manitas y besuqueos a hurtadillas, pero un día, en mi casa, mi primo me besó en la boca y empezó a toquetearme de una manera muy rara. En eso estábamos cuando apareció mi madre, sorprendiéndonos *in fraganti*. A mi primo no le dijo nada, pero a mí tremenda pela que me dio, llevándome arrastrada hasta la iglesia, donde me obligó a confesarme. A Eduardo no lo vi más. Moriría en Vietnam pocos años más tarde.

Como sus relaciones habían terminado por ser un verdadero infierno, mis padres, de mutuo acuerdo, y sin acrimonias, acordaron divorciarse. Poco tiempo después, mi madre decidió emigrar, conmigo y mis hermanos, a Nueva York, donde tenía una hermana solterona, mi tía Ernestina.

* * *

A mí, Nueva York no me gustó ni pizca. Aquellas ondulantes multitudes, siempre atrafagadas, que iban y venían avenidas arriba y avenidas abajo, me parecían locas de remate, y los famosos rascacielos de Manhattan me intimidaban con su soberbio colosalismo.

Durante un par de meses nos quedamos con mi tía Ernestina, que vivía en un apartamento, chiquito como celda de convento, en la calle 116. Pero cuando mi madre –que sabía bastante inglés, mecanografía, taquigrafía y hasta su poquito de contabilidad– consiguió trabajo en una compañía de seguros, nos mudamos a nuestro propio apartamento, en el mismo edificio.

Aquel invierno de 1960 me lo pasé encerrada en casa, llorando cada dos por tres y sin querer ver a nadie. Separada de mi padre, me sentía sola, desamparada, perdida. Durante varios meses estuve escribiéndole cartas y más cartas, en las que le

rogaba que viniera por mí, que Nueva York era una ciudad de locos y que yo acá me moriría. A pesar de que no contestaba mis cartas, yo me resistía a creer que Papi se hubiera desentendido de mí. Años más tarde, mi hermana Milagros me reveló que Mami, absolutamente convencida de que lo que nosotros necesitábamos en aquel trance era superar el pasado y enfrentar con valentía y sin nostalgias la nueva vida en los Estados Unidos, rompía o quemaba cuanta carta se recibía de mi padre.

Graduarme de High School significó para mí un gran triunfo, porque al venir a Nueva York mi inglés era todavía bastante rudimentario; pero con mucha voluntad y esfuerzo lo había ido dominando, hasta llegar a hablarlo y escribirlo como un nativo. Ahora bien, prefería –y prefiero– hablar en español, lengua en la que siento y pienso, lengua que habito y me habita. Creo muy de veras que no hay idioma en el mundo que pueda rivalizar con el español a la hora de expresar la condición humana, con sus flaquezas y misterios, con sus grandezas y miserias. A mi madre, esta actitud mía la mortificaba mucho, porque desde que residíamos en los Estados Unidos, se había empeñado en hablarnos sola y exclusivamente en inglés –para que practicáramos, decía–. A mí me parece que, como era muy blanca y de ojos claros, aspiraba a que la tomaran por gringa. En el fondo, Mami se avergonzaba de ser puertorriqueña.

Por aquel entonces, empezó a frecuentar nuestra casa un tal O'Hara, hombretón de cara colorada, ojos celestes y pelo azafranado, viudo desde hacía unos años, y que trabajaba para el Servicio de Inmigración. No sé lo que vería en mi madre, pero el caso es que a los pocos meses contrajeron matrimonio. Mami no nos contó nunca cómo ni dónde se habían conocido. Debo declarar, en honor a la verdad, que Mr. O'Hara, o Patrick, como insistía en que lo llamáramos, fue siempre muy cariñoso y comprensivo con todos nosotros.

El día de la boda, en la fiesta que celebramos en casa después de la ceremonia en City Hall, yo no podía aguantarme las lágrimas. ¡Me acordaba tanto de Papi! Como no quería que me vieran llorar, me encerré en el toilet para desahogarme a gusto, pero fue peor, porque me dio un ataque epiléptico. Patrick tuvo que derribar la puerta a patadas, y, corriendo, me llevó en su carro al St. Luke's Hospital, donde me sedaron y fui recuperando gradualmente el control de mí misma. Mi madre no me perdonó nunca lo que ella llamaba mi "abominable conducta": durante años y años me reprochó que yo le hubiera arruinado la fiesta de su boda.

Como me veían tan triste y taciturna, mi padrastro sugirió que consultáramos a un psiquiatra; en su opinión, lo mío era cosa de los nervios. Mi madre se dejó convencer, aun cuando su fe en los psiquiatras fuera más bien poca. Lo que a mí me convenía, y de eso ella sabía un rato, era ponerme en manos de algún sacerdote virtuoso y experimentado que me guiara y aconsejara como Dios manda. ¡Wishful thinking!

El psiquiatra, un hombre de unos treinta y pico de años, calvo, rechoncho, barrigón y con espejuelos como lupas, llamado Dr. Saunders, me recibió en la penumbra de su consultorio. Tras algunas preguntas preliminares, Dr. Saunders, con una sonrisa de oreja a oreja, me invitó a que me reclinara en el clásico diván y le confesara, sin omitir detalles, todas mis cuitas. Cuando le hablé del divorcio de mis padres y de la vida tan atribulada que llevaba en Nueva York, el psiquiatra, sin parar de secarse la frente y las manos sudorosas con un mugriento pañuelo, me aseguró que el divorcio había sido la solución más apropiada para todos, porque mis padres, de no haberse separado, habrían seguido discutiendo y peleándose a todas horas, lo que, a la postre, me

hubiera causado a mí un mayor sufrimiento; y que no entendía mi hostilidad hacia New York, que al fin y al cabo, era la capital del mundo, donde podría realizarme, humana y profesionalmente, mucho mejor que en Puerto Rico, que, después de todo, no era más que una isleta de nada en medio del Caribe.

A la segunda visita, Dr. Saunders, con voz dulce y persuasiva, me dijo, entre otras cosas, que percibía en mí una capacidad de amar muy profunda, pero que si cometía el error de depositar ese amor in the wrong person, sería muy desdichada. “Lo que tú necesitas, concluyó, poniéndome en los hombros sus manos gordezuelas y húmedas, es conocer a un hombre con experiencia” —por un instante pensé si se habría confabulado con Mamá—, “un hombre que pueda ser al mismo tiempo tu padre, tu amigo y quizá, ¿por qué no?, tu amante”. Me quedé un poco confundida, no tanto por lo que me decía sino por el modo vehemente, apasionado, de decírmelo. Pero no malicié nada.

A la tercera visita, Dr. Saunders me pidió que me desnudara porque deseaba auscultarme. A mí aquello se me antojó un tanto extraño, pero como era todavía tan ingenua, tan naïve, pese al natural pudor que me cohibía, le obedecí sin rechistar. Al verme en cueros, el sinvergüenza se abalanzó sobre mí como un poseso y empezó a comerme a besos. Menos mal que de un empujón logré zafarme de sus abrazos, y, medio desnuda, huí de allí llorando y maldiciendo mi suerte.

A mi madre le oculté lo ocurrido: me constaba que, de haberlo sabido, hubiera armado un escándalo mayúsculo, e incluso habría sido capaz —para mi escarnio— de echarme a mí toda la culpa.

* * *

En 1963 ingresé en el City College de la City University of New York. Al principio no estaba muy segura de la carrera que

elegiría, pero tras un par de semestres —y debido, en parte, a la influencia de Edwin—, me incliné por la sociología. Como mi padre me había inculcado el hábito de la lectura y mi retentiva había sido siempre excelente, por lo general mis calificaciones no solían bajar de A. Y no es que yo fuera una luminaria —¡demasiado bien conocía mis lagunas!—, sino que cuando aspiraba a algo, fajándome, con tenacidad y perseverancia, luchando contra viento y marea, acababa consiguiendo lo que me hubiera propuesto. Me espoleaba, además, el acicate de poseer un título universitario, del que mi padre pudiera enorgullecerse algún día, y con el cual me sería más fácil independizarme de mi madre.

Durante el Spring Semester, conocí en la Universidad a Edwin, un estudiante de ciencias políticas, natural de Lares, pero transplantado de muy niño a Nueva York. Edwin, de estatura mediana, trigüeño y fornido, adoptaba el aire decidido y amenazador de quien va por la vida resolviendo los problemas a puñetazos. Coincidimos en algunas clases y conferencias —en las que procuraba sentarse a mi vera—, y en alguna ocasión, al encontrarnos en la biblioteca o en la cafetería del college, habíamos intercambiado algunas palabras. En clase, Edwin era de los pocos que se atrevía a llevarle la contraria al profesor. A mí me impresionó su forma tajante y agresiva de exponer sus ideas, sus puntos de vista.

Un día, después de clase, estaba yo almorzando en la cafetería de la universidad, cuando vi que Edwin, bandeja en mano, se me acercaba. Se sentó frente a mí, y —mientras devoraba un sandwich de jamón y queso— me expuso, sin que yo se lo pidiera, su ideología política: que él se declaraba independentista, que Puerto Rico no era más que una colonia de los Estados Unidos, y que como tal, no era ni estado, ni libre, ni asociado, siendo explotada, saqueada por el imperialismo yanqui, como antes lo había sido por España.

Su elocuencia y la evidente convicción de sus ideas me deslumbraron.

Al día siguiente –de nuevo en la cafetería–, Edwin se me presentó con un shopping bag lleno de libros de Marx, de Engels, de Mao. “Toma, son para ti”, me dijo, “para que vayas cobrando conciencia política. No puedes permitirte el lujo de vivir al margen, cuando la patria de uno está siendo pisoteada por el invasor”. ¡Me enamoré de él como una tonta!

Ese mismo fin de semana, Edwin me invitó al cine a ver (si la memoria no me falla) *Barravento*, de Glauber-Rocha. Tan pronto se apagaron las luces, y como quien no quiere la cosa, Edwin empezó a acariciarme los muslos. Le advertí que se estuviera quieto, y que si tantas ganas tenía, que se pagara una prostituta, porque conmigo no iba a propararse. Se quedó de una pieza: ¡Se había creído que yo era presa fácil! La verdad es que me había pillado de sorpresa. ¡Y yo que me lo imaginaba tan controlado, tan sesudo, tan intelectual!

Después del cine, fuimos a cenar a un restaurante chinocubano, en Amsterdam Avenue. Durante la comida no nos dijimos ni palabra. Por su semblante cariacontecido, sabía que estaba contrariado, así que, para evitar malentendidos, decidí poner cuanto antes las cartas boca arriba. “Edwin –le advertí–, aunque a ti te cueste trabajo creerlo, yo todavía soy virgen, y pienso seguir siéndolo hasta la noche de mi boda. Si vienes con buenas intenciones, O.K.; pero si lo que pretendes es revolcarte conmigo sin más ni más, estás pero que muy equivocado”. Edwin puso tal cara de pasmo que no pude reprimir una carcajada. Pero tan pronto se le pasó la sorpresa, estrechándome las manos entre las suyas, mascullando las palabras, me dijo, “Camila, Camilita, la virginidad es uno de los mitos más represivos y antinaturales que la Iglesia –institución de lo más reaccionario– se ha sacado de la manga para mantener encadenada a la

mujer. Yo, como progresista que soy, creo que la mujer latina –y sobre todo, la puertorriqueña– ha vivido hasta hoy como una esclava, del padre, del hermano, del esposo: sólo falta ya que con hierro candente le marquen en las mejillas el *Sine Iure*, como a los esclavos de Indias. ¿No te parece que ya es hora de romper las cadenas?” Por último, oprimiéndome las manos con fuerza, me susurró: “Yo no pretendo hacerte daño, Camila; sólo aspiro a ser tu amigo y a aportar mi granito de arena en el proceso de tu maduración psicológica, política y social”.

Con Edwin empecé a frecuentar la International House de Columbia University. Allí se reunía gente de Latinoamérica, de Europa, de Africa, de Asia. Aquel ambiente multiétnico y multirracial era como un espejo de la ciudad misma, de Nueva York, que ya para entonces me fascinaba. A mí me impresionaba mucho la desenvoltura con que Edwin hablaba con unos y con otros de temas históricos, sociales y políticos. Yo, a su lado, acomplexada, inhibida, me consideraba muy poquita cosa. A él le daba mucha rabia que yo no pudiera superar mis timideces y fobias, consecuencias nefastas –decía él– de haberme criado bajo la férula inquisitorial y fascista de mi madre. “Tienes que rebelarte cuanto antes”, repetía machaconamente, mientras su mirada ardiente –y un poco estrábica– recorría los encantos de mi cuerpo.

Un día Edwin me invitó a cenar con un grupo de amigos suyos a un restaurante mexicano del Village. Aquella noche se habían congregado en el *¡Viva Zapata!* gente como Maldonado Denis, Juan Ángel Silén, Pancho Moscoso y otros jóvenes intelectuales y escritores puertorriqueños de reconocida valía y militante heterodoxia. Como puede suponerse por la *Weltanschauung* de la época y la orientación crítica de aquella camarilla de conspiradores boricuas, la conversación giró en torno a la guerra de Vietnam, en cuyas junglas y ciénagas, millares de

puertorriqueños –carne de cañón, como lo habían sido también en Corea– estaban muriendo en defensa –¡trágica ironía!– de un país que, en primera instancia, los había reducido a la miseria y a la alienación más abyecta.

Después de los tacos, las enchiladas, los tamales y los incontables tragos de vino californiano, alguien propuso que fuéramos –¿para olvidar penas?– al Pink Flamingo, una discoteca de lo más chévere que había en Bleecker Street. Una vez allí, no sé por qué diantres se le ocurriría a Maldonado Denis sacarme a bailar, pero el caso es que cuando ya nos dirigíamos a la pista de baile, Edwin se levantó, y, cogiéndolo por el brazo, le espetó: “Lo siento, Manolín, pero a ella nadie me la va a tocar, ¿O.K.?” Me sentí como una estúpida, pero a la vez orgullosa de que Edwin hubiera proclamado en público mi sujeción a su poder absolutista: ¡Yo era su hembra! ¿Cómo no me di cuenta entonces de que su proceder, de lo más machista, contraproducía, a ojos vistas, todas sus ideas sobre la liberación de la mujer? ¡Was I dumb!

El 4 de mayo de ese mismo año –¡cómo olvidar esa fecha!–, al mediodía, después de comernos unas pizzas en Luigi’s, en el Soho, Edwin me pidió que fuera con él a su apartamento, porque quería presentarme a unos amigos suyos que venían esa tarde de Chicago. Como yo conocía a varios de sus “camaradas”, y me parecían gente seria y de la que podía aprender mucho, acepté sin sospechar nada. Cuando llegamos a su apartamento en la Loisaída –una cochiguera llena de libros y posters de Sandino y el Che Guevara–, presentí que había caído en una trampa, en una encerrona. Hice además de marcharme en seguida, pero Edwin –¡el muy ladino!–, con mimos y carantoñas, me engatusó, diciéndome que nada iba a pasarme, que él era un hombre cabal y que sólo se trataba de tomarnos una copa juntos mientras escuchábamos música de la buena y esperábamos a sus amigos, que ya debían de estar al llegar.

Después de poner un disco de bossa nova, Edwin se empeñó en que probara un ron cubano que guardaba para las grandes ocasiones. Al tercer trago, ya estábamos besándonos en el sofá-cama. Yo estaba arrebatada; él se subía por las paredes. Edwin me arrancó la saya de un manotazo, me clavó la rodilla entre los muslos, y, como yo me resistía chillando, pataleando y arañándolo donde podía, me dio un cachetazo y me tapó la boca para que no gritara. Finally, he penetrated me. I heard my hymen break. I was hysterical, trembling, crying. De pronto, sentí correr por las ingles un líquido húmedo y pegajoso como la melaza. Edwin se arqueó, dio unos espasmos y finalmente se quedó inmóvil, como muerto. Me lo quité de encima como pude, y, cuando todavía llorando, corrí hacia la puerta para escapar de allí, el muy cínico tuvo la sinvergonzonería de preguntarme si me había gustado.

Me alegré de que mi madre no hubiera llegado aún a casa, porque de seguro que habría notado en mí algo raro. Lo primero que hice fue botar los panties —empapados de sangre y semen— por el incinerador; después, me di una larga ducha. Aquella noche no pude dormir: me sentía humillada, envilecida, degradada. Y más sola que nunca.

Durante varias semanas me negué a ver a Edwin. En un primer momento lo odié por lo que había hecho, pero con el tiempo me convencí de que en realidad la culpa había sido mía. ¿Por qué, sabiendo —como sabía— que el hombre es fuego y la mujer estopa, había accedido a subir a su apartamento? Me consolaba pensar que otro hombre, en circunstancias similares, habría actuado del mismo modo, y aun de forma más violenta, más salvaje. En fin, que era ya un poco tarde para lamentaciones, y fui resignándome a la pérdida de mi inocencia.

A pesar de que mi iniciación a los ritos del amor había sido tan brutal, tan traumática, seguía estando enamorada de Ed-

win, lo quería y temía perderlo; por eso, doblegándome a sus deseos, me ofrecí a él como víctima al sacrificio. Y no fue fácil, porque al principio, el acto sexual me procuraba más dolor que placer, como si en vez de hacer el amor, me estuvieran sometiendo a una sesión de tortura; tanto es así que rehusé seguir acostándome con él, pero el muy cerdo llegó a amenazarme con contárselo todo a mi madre. Me chantajeaba, y no tuve más remedio que transigir. Subconscientemente, le estaba agradecida no sólo por haberme abierto los ojos al mundo de las ideas, sino también por haberme alentado a sacudirme de una vez la tiranía materna. Al fin y al cabo, yo era dueña de mi cuerpo y, como mayor de edad, podía hacer de él lo que me diera la gana. Así que un día, cuando Mami me preguntó –como solía– que a qué hora pensaba volver, le contesté, con todo el aplomo de que fui capaz, que aquella noche no pensaba dormir en casa, y que no me exigiera más explicaciones. Por la cara de boba que puso, parecía que no me hubiera entendido, pero tan pronto reaccionó, se lió a dar gritos, llamándome malnacida, ingrata, degenerada y qué sé yo cuántas babosidades más. Y cuando me amenazó con botarme de casa, le respondí que no me importaba un carajo –eso le dije, *carajo*–, que pronto conseguiría trabajo y podría independizarme de una jodida vez. A mi madre le entró una llorera tan grande, que hasta pena me dio. Pero yo ya había tomado mi decisión, así que haciendo oídos sordos a su histérica llantina, di un portazo y me fui de casa.

Esa misma noche, Edwin me llevó al mismo restaurante chinocubano de nuestra primera cita, y cuando –paladeando un plato de moros y cristianos– le conté el altercado que acababa de tener con mi madre, con una radiante sonrisa de satisfacción en los labios, me dijo: “Camila, mi amor, no sabes lo orgulloso que me siento de ti”. Después de cenar, fuimos a su apartamento.

Nos pasamos la noche amándonos como fieras, hasta que por fin, de madrugada, una violenta sacudida de placer me zarandeó el cuerpo, y sentí que las vísceras se me derretían. ¡My first orgasm! Lo celebramos con champán. Me sentía feliz.

Pero mi felicidad iba a durar bien poco: un día no me bajó la menstruación. Me dolían los senos y el vientre. Seguí esperando una semana, dos semanas. Nada. Cuando le comuniqué a Edwin lo que me pasaba, su reacción fue decirme, con una mueca de indiferencia y fastidio: “¡Qué chavienda, Camila! Ya me figuraba yo que estabas preñá; con razón te notaba yo los pechos tan duritos y la barriga tan redonda. Pero no te preocupes, que para eso están los abortos, aunque sean ilegales”. ¡Son of a bitch! Creo que nunca he odiado tanto a nadie como a Edwin en ese momento.

Aquella noche, la pasé en vela. ¿A quién acudir? Con mi hermana Milagros no podía contar porque era tan pazguata y gazmoña como Mami. A mi hermano Román apenas le veía el pelo, porque se pasaba la vida por esos mundos de Dios. De mi tía Ernestina no me fiaba. La única persona que quizás podría sacarme de aquel trance era Luz Selenia, una vecina, natural de Mayagüez, con media vida en Nueva York, costurera de profesión, con quien había charlado algunas veces al encontrármela en la bodega o en la calle.

A la mañana siguiente –con las ojeras del insomnio y la angustia grabada en el rostro– me presenté en casa de Luz Selenia. Luz Selenia se portó como una verdadera amiga: no sólo me proporcionó –sin acosarme a preguntas– la dirección de una tal doña Jerónima, comadrona legal y abortera de tapadillo, sino también el dinero con que pagar sus servicios. Edwin, alegando que no era su problema, se había desentendido de todo.

Para colmo de mis males, había comenzado a nevar. Sola, amedrentada, tuve que tomar el subway hasta Brooklyn, donde vivía la abortera. Me perdí una o dos veces, antes de dar con el edificio. Recelosa y suspicaz, doña Jerónima —una vieja desdentada, greñúa y con una peste a ajos que mareaba— entreabrió la puerta. Cuando le dije que venía de parte de Luz Selenia, me hizo pasar a un saloncito oscuro y desaseado. En la sala, cuatro o cinco gatos dormitaban junto a un vetusto aparato de radio, prendido a todo volumen: en esos momentos, la voz compungida del locutor anunciaba el asesinato de John F. Kennedy, en Dallas.

Después de informarse sobre mi estado general de salud y de chavos, doña Jerónima, al parecer, satisfecha, me exigió que le pagara por adelantado. Y sin otros preámbulos, me condujo a un cuartucho interior, un zaquizamí de lo más sórdido, donde había un lavamanos cochambroso, un par de sillas y una consola con un altarcito a la Virgen de la Caridad y unas velas encendidas.

Doña Jerónima me mandó que me desnudara y me acostara. Al poco rato, reapareció con una palangana de agua hirviendo, jabón, unas toallas y una larga goma colorada, que depositó a los pies de la cama. Volvió a salir, pero regresó en seguida trayendo un vaso grande de ron, que me obligó a beber hasta la última gota. El alcohol me hizo mucho bien porque como estaba tiritando de frío —y de miedo—, me calentó el cuerpo. Entonces, la bruja (¿qué, si no?), sin mediar palabra, me introdujo la goma en la vagina: un líquido hirviente calcinó mis entrañas, y sentí como si una boca insaciable me estuviera devorando la matriz. Di un grito —más bien un alarido—, pero la vieja, sin inmutarse, siguió con sus tejemanejes, mientras yo me aferraba a los barrotes de la cabecera del camastro, apretando los dientes en mi desesperada lucha contra el dolor, cerrando los ojos para no ver el chorro de sangre negra que brotaba de mi sexo.

Cuando abrí los ojos, doña Jerónima no estaba en el cuarto, pero la oí trajinar en la cocina. Desde la sala me llegaba la sintonía del programa radiofónico, *Simplemente María*. Intenté incorporarme, pero una aguda punzada en el vientre me lo impidió. Doña Jerónima entró de nuevo en la habitación, con otro vaso de ron y unas píldoras. “Toma –me dijo con aire profesional–, esto te hará bien. Ya pasó todo; ahora duerme un rato, y después, a casita, que no quiero líos con la policía”.

Cuando desperté, ya había anochecido. Haciendo un gran esfuerzo, me levanté y me vestí. Todo me daba vueltas. El cuerpo me dolía como si me hubieran molido a palos. Al verme en aquel lamentable estado, doña Jerónima me preguntó si conocía a alguien que pudiera venir a recogerme en carro. Le di el teléfono de Edwin, y ella misma lo llamó. Debí suponérmelo: Edwin se excusó diciéndole que estaba en cama con el flu, pero que aunque hubiera podido ir, no lo habría hecho, porque aquello no era su problema. Doña Jerónima lo amenazó, lo llamó cabrón y comemierda, pero Edwin le colgó el teléfono. En aquel momento, el remordimiento que tenía por haberme hecho el aborto desapareció por completo. Con un padre así –pensé–, más valía que la criatura no hubiera venido al mundo.

Doña Jerónima me rogó que me fuera de allí porque mi presencia en su casa era un compromiso muy grande. Tambaleándome, salí a la calle. Seguía nevando. Hacía un frío espantoso. A mi casa no podía ir, a Luz Selenia no quería causarle más complicaciones, así que, haciendo de tripas corazón, me dirigí –como una sonámbula, por efecto del ron y el librium– al apartamento de Edwin. Como no me quedaba dinero para un taxi, tuve que tomar el subway de nuevo. El viaje hasta Manhattan fue un verdadero viacrucis: cada vez que el tren frenaba al llegar a una estación y me zamarreaba, los vómitos se me venían a la garganta y parecía como si estuvieran pinchándome con mil alfileres por todo el cuerpo.

Por fin, llegué al apartamento de Edwin, que, para más tormento, estaba en un quinto piso y sin elevador. Encontré a Edwin muy nervioso, asustado, como un criminal que acabara de cometer un delito. Le supliqué que me dejara pasar la noche allí, y que a la mañana siguiente, cuando me encontrara mejor, me iría. Pero el muy canalla, haciendo caso omiso a mis ruegos, me dijo que lo más conveniente sería llevarme a casa de una amiga suya enfermera, porque si me empezaba de nuevo la hemorragia, él, que se paniqueaba con la sangre, no sabría qué hacer. No tuve más remedio que resignarme: estaba desesperada y me sentía morir. Edwin llamó entonces por teléfono a su amiga Angela (a quien yo no conocía) y en pocas palabras le contó lo que pasaba. Cuando Angela no puso reparos a que Edwin me llevara a su casa, vi el cielo abierto.

Menos mal que el apartamento de Angela estaba tan solo a unas cuerdas. Había dejado de nevar, pero el frío era intenso y un viento helado, inmisericorde, nos azotaba. Sostenida por Edwin, caminaba a duras penas sobre la nieve endurecida. En mis adentros, me consolaba pensar que aquel dolor también pasaría, que aquella había sido sólo una mala experiencia de la que saldría más fuerte, más resistente a los embates y desengaños de la vida.

Angela —una mexicana bajita y metidita en carnes— se portó como una hermana, y eso que no me conocía. Me había arreglado su propia cama; ella dormiría en el sofá. Me preparó una taza de manzanilla con la que me tomé un par de valiums, y, más muerta que viva, me acosté, quedándome dormida a los pocos minutos. Edwin —no es preciso decirlo—, nada más llegar, había escurrido el bulto.

Me desperté de madrugada: ¡estaba empapada en sangre! La hemorragia había comenzado otra vez. Grité enloquecida. La pobre Angela, alarmada, acudió en seguida, y al ver aquel

río de sangre, fue por unas toallas para intentar contener la hemorragia. Creí que aquello era el fin. Como el flujo de sangre no cesaba, Angela llamó por teléfono a Rolando, un amigo suyo farmacéutico, y le explicó lo que ocurría.

A los veinte minutos llegó Rolando con unas pastillas anticoagulantes. Poco después, la hemorragia se detuvo por fin, seguramente porque ya no me quedaba más sangre que botar.

Lo peor había pasado. Angela debía acudir a su trabajo, pero me dijo que yo podría permanecer en casa y que Rolando –que era de toda su confianza– me cuidaría hasta que me sintiera mejor y pudiera levantarme.

Rolando –de origen mexicano, como Angela– era un hombre de unos veinticinco años, achaparrado, canijo, cetrino, de dientes amarillos y ceremonioso hasta la exasperación. Se había educado –me contó, entre muchas reticencias, silencios y circunloquios–, pasando muchas privaciones, en los Estados Unidos, primero en Los Ángeles y después en Chicago.

Pasamos la mañana platicando, hasta que, al mediodía, como ya me encontraba mejor, le pedí que me acompañara a casa. La verdad es que sin su ayuda y la de Angela no sé qué hubiera sido de mí en aquel trágico trance de mi vida.

Mi madre se dio cuenta de que algo grave me había sucedido, pero no se atrevió a preguntarme nada. Para que me dejara en paz, le dije que me había pasado la noche estudiando con una amiga, que estaba agotada y necesitaba dormir. No sé si Mami me creería o no, pero eso ya me tenía sin cuidado: había decidido mudarme de allí cuanto antes. Me encerré en mi cuarto, y, exangüe, dormí dieciséis horas seguidas.

A los pocos días, me telefoneó Rolando para interesarse por mi salud y, de paso, pedirme una cita. Después de la traumatizante experiencia que acababa de sufrir, ya no deseaba entablar relacio-

nes con ningún hombre, pero como Rolando se había portado tan bien conmigo, con tanta comprensión y ternura, aunque no me atraía lo más mínimo, no quise defraudarlo y le dije que sí.

Recuerdo que la tarde de nuestra cita, Rolando me llevó a recorrer los magníficos pabellones de la Feria Mundial, en el Flushing Meadow Park. Rolando estimaba acertada mi decisión de marcharme de casa, de independizarme, de sacudirme de una vez el yugo materno. Opinaba, también, que debía olvidarme de Edwin y rehacer mi vida. Él mismo se comprometió a buscarme algún apartamento barato y un trabajo –aunque fuera part-time– para que pudiera subsistir.

A las pocas semanas, mi sueño se hizo realidad. Rolando me había conseguido no sólo un apartamento (un loft) en la calle 49, entre la décima y la novena avenidas –cerquita del distrito del teatro, no muy lejos de Times Square–, sino también un part-time en la librería Barnes & Noble, en la quinta avenida. No encontré palabras para agradecerse.

Cuando le comuniqué a Mami mi intención de mudarme, me sorprendió que no se opusiera; es más, creo que hasta se alegró. Ya por aquel entonces no se llevaba bien con mi padrastro. Poco después me enteré por la cotilla de mi hermana que a Mami se le había metido en la mollera que Patrick estaba loquito por mí, y que sólo aguardaba el momento oportuno para seducirme. ¡Pobre Mami!

Uno de esos días tuve que ir al apartamento de Edwin porque deseaba recoger unas ropas y algunos libros míos. Increíble, pero cierto: ¡ese mismo día acabé en la cama con él! Después volví a verlo una o dos veces más, pero ya sabía yo que aquello no podía continuar, que Edwin era un cobarde, un pobre diablo, sólo fachada y palabrería.

Para celebrar mis recién obtenidas libertad e independencia, organicé una fiesta en mi nuevo apartamento. Invité a Luz

Selenia, Angela, Rolando y otros amigos de la universidad. Me acuerdo que cuando Rolando, mirándome con ojos de becerro mingo, alzó la copa de vino y brindó por mi felicidad, yo no pude contenerme y me ataqué a llorar y llorar. Me abrumaba un terrible sentimiento de culpa: sabía que Rolando se había enamorado de mí, pero yo sólo podía considerarlo como un amigo, un buen amigo, nunca un amante, a pesar del cariño que me demostraba y de lo maravillosamente bien que se había portado conmigo. Rolando ha sido el único hombre con quien me arrepiento a veces de no haberme casado: creo que me hubiera hecho feliz. Me alegré muchísimo cuando, poco tiempo después, me anunció su boda, a la que asistí, así como al bautizo de su primer hijo, una niña, a la que, por cierto, pusieron mi nombre, Camila.

* * *

Durante los dos años siguientes me entregué de lleno a mis estudios y a leer —o más bien, a devorar— cuanto libro caía en mis manos; todo un poco a la buena de Dios, picoteando aquí y allá, tanto en los campos de la sociología como en los de la historia, amén de un sinnúmero de biografías y alguna que otra novela de García Márquez, Carpentier, o Julio Cortázar. Mi afición a la lectura no era nueva, pero sí las circunstancias que la favorecían: la tranquilidad de mi apartamento y el diario contacto con el mundo del libro gracias a mi trabajo en Barnes & Noble, donde, entre otras ocupaciones, llevaba el catálogo al día, hacía pedidos e inventariaba los fines de mes. Claro que todo no iban a ser lecturas. De tarde en tarde, salía con algún muchacho, pero sin la menor intención de establecer relaciones en serio. La verdad es que todos me parecían inmaduros, superficiales, aburridos.

César sería la excepción que confirmaba la regla.

De padres puertorriqueños, César había nacido en Chicago, pero se había criado en Milwaukee, con unos parientes de su madre. De inteligencia brillante, poseía una maestría en ciencias políticas por la University of Wisconsin. Cuando yo lo conocí, era profesor adjunto en el Queens College y miembro activo del North American Council on Latin America. Comunista rabioso, se pasaba la vida alabando –ya en un chapurreado español empedrado de anglicismos, ya en un inglés impecable– a los próceres revolucionarios, como Albizu Campos, Fidel Castro, el Che Guevara –sus ídolos–, y despotricando contra los Estados Unidos –Gringolandia, como él decía–, sanguinario monstruo imperialista. César se había empeñado en que yo militara en el Partido Independentista Puertorriqueño, pero yo, aunque simpatizante, no me decidía; eso sí, asistía a todas sus reuniones y mítines clandestinos.

Con César me acosté sólo un par de veces porque no tardé en descubrir que el muy pícaro se refocilaba con varias amiguitas del partido –¡así todo quedaba en familia!–. Cuando le pedí explicaciones, el muy cínico se defendió, aduciendo las bondades de la poligamia, que era, según él, el estado natural del hombre. A mí aquello me pareció una cochinado, y me negué a ser otra más de sus concubinas. Yo no soy segundo plato de nadie; así que lo dejé.

A finales de los sesenta, en el Blue Note, un club de jazz al que había acudido con unos amigos para escuchar a Miles Davis, alguien me presentó a Adalberto, un pintor de Santo Domingo –viejo amigo de Edwin–, simpatiquísimo y la mar de dicharachero, pero más feo que un mandril culimorado, algo así como un Jean-Paul Sartre quisqueyano.

A las pocas semanas de recorrer galerías y museos, Adalberto se me declaró. A mí no es que me atrajera demasiado el

hombre –y no es porque fuera prieto y tuviera el pelo espinudo de puercoespín, que yo nunca fui racista–, pero había algo en él que me gustaba, quizás su vitalidad, su desbordante y contagiosa alegría, de la que tanto necesitaba yo en aquellos días de soledad y hastío. Así que, como una tampoco es de piedra, no puse reparos a la hora de ir a su apartamento, un atelier en el Soho, atestado de máscaras y esculturas afroantillanas y algunos lienzos suyos donde predominaban los desnudos femeninos, muchos de ellos en plena jungla, yacentes entre grandes hojas y flores exóticas y acechados por sigilosas serpientes y lúbricas panteras.

Después de darnos unos palos y cumplir con los consabidos preliminares que suelen preceder a la entrega final, Adalberto –para mi sorpresa y turbación– se empeñó en montarme por detrás, como si yo fuera una perra, y eso no se lo iba a consentir. No sería hasta algún tiempo después, cuando conocí a Julio, que, liberada de mis inhibiciones y fobias, llegué a la convicción de que el cuerpo es fuente de placer y no de pecado –como repetían mis antiguas maestras las monjas–, y que ningún acto sexual debe considerarse anormal o perverso.

Claro que Adalberto tenía gustos y manías de lo más extravagantes. Yo creo que estaba un poco tostao. A veces, cuando, a la luz de un negro candilón, me hacía el amor, se quedaba pasmado, arrobado, observando mis reacciones, mis gestos, que eran, en su opinión, tan expresivos, tan dramáticos, tan insinuantes. Un día me pidió que le posara desnuda. Yo no tuve inconveniente, ya que como su estilo pictórico era más bien expresionista, mi identidad no correría ningún peligro de ser desvelada. Adalberto armó el caballete, empuñó la paleta y los pinceles y se enfrascó en el trabajo. No habían transcurrido ni diez minutos cuando arrojó a un rincón los trebejos de pintar y, bramando como un toro encelado, me embistió enardecido.

Después de aquella sesión pornopictórica, rehusé servirle más de modelo.

En otra ocasión —los dos estábamos bastante achispados—, Adalberto me propuso que le hiciera un striptease —¡como si yo fuera una vulgar cabaretera!—. Como estaba bebida, por darle gusto, empecé a desnudarme y a menearme al ritmo cadencioso del conocido “Summertime”, mientras él, las bambas guindándole de los bembes, repetía una y otra vez aquellas palabras de Louis Armstrong —que no sé por qué se me han quedado grabadas—: “Hot can be cool and cool can be hot, and each can be both. But hot or cool, man, jazz is jazz”. Pronto me cansé de sus exigencias y caprichos, de sus loqueras y canteletas, y no quise verlo más.

* * *

Durante mi último semestre en City College, conocí a Iván, un muchacho alto, flaco, zanquilargo, desgarbado, siempre embutido en mahones desflecados, con espejuelos redondos a lo John Lennon, tras los que se ocultaban unos penetrantes ojillos verdinegros. Iván, que había nacido en Santurce, Puerto Rico, había emigrado a Nueva York con un hermano mayor tras el divorcio de sus padres, siendo él todavía muy niño. Se había criado en la calle, en Spanish Harlem, pero mostraba tanta inteligencia y tanto gusto por los libros, que el hermano —dueño de una bodega en La Marqueta— logró que no abandonara la escuela y siguiera después, becado, hasta la universidad.

Iván, que exhibía el aire enigmático y altanero de quien está de vuelta de todo, era un apasionado de la literatura —su dulce veneno, como él, con morbosa delectación, decía—. Escribía poesía en inglés y en español y en una mezcla de ambas, habiendo publicado ya dos poemarios, muy bien acogidos en los círculos artísticos de la ciudad. Recitaba de memoria, y en

francés, a Rimbaud, a Verlaine, a Baudelaire –y a cuanto poeta maldito habido y por haber –; y en inglés, pasajes tremebundos de las *Confessions of an English Opium Eater*, de De Quincey, y algunos de los cuentos de Edgar Allan Poe. ¡Qué agrídulce crispación se apoderaba de mí cuando lo escuchaba!

Un fin de semana, Iván me invitó al Newyorican Café, que estaba situado en la calle 6, muy cerca de Tompkins Square Park, en el corazón de la Loisaida. Por aquel Café –me reveló Iván, con voz misteriosa– habían pasado nada menos que Allen Ginsberg, Gregory Corso, William Burroughs y otros miembros de la llamada Beat Generation, a quien él citaba con pasmosa familiaridad y cuyas vidas y “milagros” conocía al dedillo.

El Newyorican Café no era más que un cavernoso sótano de paredes de ladrillos, piso de cemento, una barra con mostrador de cinc y unas cuantas mesas y sillas plegables en torno a una tarima sobre la cual habían instalado un piano vertical, un micrófono y un par de luces: todo de lo más sencillo, sin pretensión alguna. La mayor parte del público –envuelto en una enrarecida atmósfera saturada de humo y sudor agrio– estaba formado por estudiantes universitarios –jóvenes barbudos en mahones y sneakers, y jovencitas en minifaldas y emboinadas–, obreros de la construcción con inquietudes poéticas y un nutrido grupo, que, por su desastrada facha, me parecieron vagabundos. Eran los años del Black Power, del Poder Latino, movimientos de reivindicación política y social, inspirados en Malcolm X y los Black Panthers. Frente a la cultura del Establishment, aquellos intelectuales y artistas de las minorías latinas y negras proponían otra cultura o contracultura, producto de la sabiduría callejera, del ghetto, y no de los bienpensantes claustros universitarios. De entre los poetas que aquella noche leyeron sus versos, recuerdo con especial emoción a Piri Tho-

mas, a Miguel Algarín, a Tato Laviera, a quienes el enardecido público no dejó de animar y jalear con sus palmas y ovaciones. Por el contrario, otros poetas o poetastros, como los llamaba Iván, fueron abucheados sin miramientos. Pasada la media noche, Iván accedió a recitar fragmentos de *Poeta en Nueva York*, de García Lorca, y un bellissimo poema suyo, aterrador, demoníaco: “From this Dark-Room”. ¡Fue una noche inolvidable!

De madrugada, Iván me propuso que fuéramos a su casa –a un par de cuadras del Newyorican Café– a tomar la última copa. “Otro que se muere por llevarme a la cama”, pensé. Ya en su apartamento –una covacha de lo más inmundo, regada de libros, periódicos, ropas sucias por doquier y platos grasientos amontonados en el sink, por donde corrían y se cebaban las cucarachas–, Iván descorchó una botella de vino espumoso y, guiñándome de manera cómplice, me preguntó si me apetecía fumar. Al principio, no entendí a qué se refería, pero cuando vi entre sus largos y afilados dedos un librito de Bambú, comprendí que no era tabaco lo que Iván me ofrecía sino marihuana. Yo había probado la yerba en High School, y me gustaba; me ayudaba a relajarme cuando las tensiones y frustraciones de mi vida en Nueva York se me hacían insoportables.

Como el único lugar donde uno podía sentarse en aquella pocilga era en el camastro de Iván, en él nos acomodamos y, sin prisas pero sin pausas, compartimos el joint. Como me lo suponía, no tardó Iván en besarme y acariciarme: primero, con mucha dulzura, pero en seguida, desbocado, empezó a desabotonarme la blusa de mala manera. Me dio miedo y me levanté con intención de marcharme. “¿Pero qué te pasa, Camila? No irás a decirme que es la primera vez. Sabía que eras conservadora, pero no tan puritana”, me dijo medio en broma. Cuando me oí llamar puritana, me arranqué la blusa de un tirón y me derrumbé en sus brazos. ¿Para qué seguir fingiendo –me dije– si

Iván me gustaba?-. A diferencia de Edwin –con quien a veces lo comparaba–, que no era más que hueca retórica y pedante verborrea, Iván parecía encarnar la realidad misma, en toda su crudeza y alucinado lirismo. Pasamos la noche fumando y amándonos como posesos.

No fue hasta la mañana siguiente que descubrí lo que nunca me hubiera imaginado: Iván tenía los brazos –de venas amoratadas–, salpicados de puntitos rojos, como picaduras de zancudos, pequeñas incisiones cicatrizadas. “¿Para qué te voy a mentir?”, me confesó. “Hace cinco años que estoy enganchado al caballo, a la heroína; pero lo voy a dejar, lo voy a dejar a la cañona. Por ti estoy dispuesto a someterme a una cura de desintoxicación. Ya me he puesto en contacto con un centro de metadona”.

No quise verlo más: ¿como iba a tener yo relaciones con un vicioso, con un tecato, por muy inteligente e interesante que fuera! Poco tiempo después, una noche en la que casi por casualidad recalé en el Newyorican Café, el mismo Algarín me dio la noticia: la semana anterior Iván había muerto de una OD. Aunque apenas había llegado a conocerlo, su muerte me afectó profundamente.

* * *

Una noche –de finales de marzo de 1970, si mal no recuerdo– me desperté sobresaltada, jadeante, con escalofríos, como si hubiera sufrido una espantosa pesadilla. Para calmarme, me levanté, fui a la cocina y me serví un vaso grande de ron. Y ya iba a acostarme de nuevo, cuando oí, con toda nitidez, una voz que me decía, “Camila, Camilita, soy yo, Edwin, tu primer amor, ¿no me reconoces? ¿Tan pronto te has olvidado de mí, ingrata?”. El vaso de ron se me cayó de la mano y se estrelló

contra el piso, haciéndose añicos. Paralizada por el terror, me tapé los oídos, pero la voz retumbaba en mis adentros: “A mí no me puedes engañar, Camila. A pesar del daño que te hice, sé que en el fondo de tu corazón aun anida mi recuerdo. Nadie, nadie va a quererte como yo te he querido. ¿Por qué persistes en buscar lo que sólo yo puedo ofrecerte? Sin mí, tu vida no es más que un tortuoso túnel sin salida, un ciego deambular entre tinieblas, un delirante declive hacia el ocaso. ¿Para qué seguir viviendo, Camila? Ven, mi amor, ven, amor mío”. Una atracción misteriosa, irresistible, me empujaba hacia la ventana. Edwin me llamaba, y yo debía reunirme con él. ¡Qué razón tenía! Sí, a pesar y despecho del daño que me había hecho, hacía tiempo que lo había perdonado. Mi primer y gran amor no había muerto del todo. Abrí la ventana de par en par y me asomé. El aire glacial del amanecer me golpeó el rostro, y los rascacielos, como gigantescos fantasmones de cristal y acero, emergían, amenazadores, entre la vaporosa neblina. Apoyé el pie en el repecho de la ventana y tomé impulso para saltar al vacío. De pronto, siete pisos más abajo, sonó el estridente aullido de la sirena de una ambulancia, que, a velocidad de vértigo, volaba hacia la octava avenida. Poco a poco, temblando de miedo y de frío, me fui retirando de la ventana, retrocediendo, paso a paso, hasta alcanzar la seguridad de mi cama revuelta. Respiré hondo y traté de no pensar. No, no podía ser. Aquello había sido sólo un mal sueño, una pesadilla, una alucinación. Aturdida, llamé por teléfono a Luz Selenia –mi ángel salvador–, y, entre sollozos histéricos, le conté lo que acababa de ocurrirme.

A la media hora –¡que me pareció una eternidad!– mi amiga estaba allí. Y cuando ya, un poco más calmada por su presencia, pude relatarle lo sucedido, Luz Selenia, con una sonrisa que revelaba su infinita bondad, me dijo: “Confía en mí, Camila, pues aunque yo misma no tenga el ashé, la gracia, por mis

contactos con santeras y espiritistas, sé de alguien que, con el favor de Dios, podrá ayudarte”.

En ese mismo momento sonó el teléfono. Era Adalberto, mi antiguo amante dominicano y viejo amigo de Edwin. Cuando me dio la noticia, me entró una risa nerviosa, y solo acerté, balbuceando, a darle las gracias por el llamado: esa misma noche, de madrugada, Edwin, deprimido desde hacía meses, se había suicidado arrojándose por la ventana de su apartamento. Cuando llegó la ambulancia, aún vivía; ingresó ya cadáver en el hospital. “¡Ay, bendito!”, exclamó alarmada Luz Selenia. “¡Ahora sí que no tengo la menor duda! ¡Estás bajo un horrible maleficio, Camila! El espíritu de Edwin te ronda, y corres peligro, mucho peligro. Su alma en pena te torturará hasta volverte loca, si es que no le ponemos remedio cuanto antes. Esta misma tarde te vienes conmigo a casa de doña Casimira, mi madrina, una de las santeras más respetadas y solicitadas de Nueva York. Nadie mejor que ella para aconsejarte y sanarte. Por ahora, conviene que te quedes en mi casa, aunque sólo sea por unos días: no es bueno que estés sola en este periodo tan amargo y arriesgado de tu vida”.

Aunque yo no las tenía todas conmigo, confiaba en Luz Selenia —no era la primera vez que me tendía una mano—, y como la aprehensión y el miedo me atenazaban, esa misma tarde, después de pasar por su casa para dejar unas ropas y algunos de mis objetos personales, tomamos una guagua en dirección a Corona, Queens, que era donde vivía doña Casimira, la santera, avisada ya por Luz Selenia de nuestra visita.

Durante el trayecto, Luz Selenia me fue contando que doña Casimira, natural de Loiza —¡boricua de pura cepa!— había emigrado a Nueva York en los años cuarenta, y que gracias a su rectitud moral, a sus dones naturales de yerbatera, a su proverbial sabiduría y a su intachable devoción profesional —y no

como otros, que se daban de babalaos, y no eran más que una banda de charlatanes y embaucadores—, se había ido haciendo a lo largo de los años de una clientela selecta y fija —entre la que se encontraba ella misma—, que la veneraba con una fe absoluta y ciega.

Doña Casimira vivía sola en una modesta casita de ladrillos —con un patio lleno de matas y un surtido palomar—, en un vecindario de ecuatorianos y colombianos. Ella misma en persona, con un gato de Angora entre los brazos, nos aguardaba en la puerta. La santera era una mulata de unos sesenta y tantos años, alta, algo encorvada, de ojos grises y fosco cabello recogido en moño, y los dedos cuajados de sortijas de marfil y piedras de bezoar. Se movía con lentitud, como aquejada de reuma o artritis, y al sonreír, la blancura inmaculada de sus dientes postizos refulgía en su rostro, oscuro y arrugado como una pasa. Con unos modales tan corteses que parecían de otra época, doña Casimira nos escoltó hasta un espacioso salón, exhortándonos a que nos sintiéramos como en nuestra propia casa, mientras ella preparaba un poco de café.

La habitación, de piso y paredes de madera, estaba amueblada sin lujos pero con gusto. Una mesa de camilla, un sofá y dos butacones blancos, una mecedora de mimbre y una lámpara de pie; en un rincón, sobre un altarcito, iluminada por un par de cirios chisporroteantes, una bella imagen tallada de San Lázaro, con muletas y acompañado por un par de perrillos, parecía bendecir la casa de la santera.

Al poco rato, reapareció doña Casimira con una humeante cafetera de aromático café y una bandejita de dulces y buñuelos. Al preguntarle Luz Selenia si habría inconveniente en que ella estuviera presente durante nuestra entrevista, la santera le contestó, diciéndole que se quedara, que también ella podría ser muy útil en aquel caso. Cuando acabé de contarle con todo

detalle lo que me había sucedido, doña Casimira, que, sentada en la mecedora y con el gato en el regazo, había permanecido en silencio durante todo mi relato, me advirtió que antes de seguir adelante, tendría que hacerme un registro, con el fin de averiguar qué pensaban los orishas del asunto.

Dona Casimira salió entonces de la habitación, pero regresó en seguida con una bolsita de cuero entre las manos. Se sentó de nuevo en la mecedora, sacó de la bolsa unas conchas y caracoles nacarados —que son las joyas de las diosas del mar—, cerró los ojos y, tras una breve plegaria —de la que no entendí ni palabra—, los arrojó al piso como si fueran dados. Luego, abrió los ojos, se acuclilló —dando unos suspiros que partían el alma—, y durante un largo rato pareció auscultar la disposición de los caracoles y conchas. Después, entonó una extraña cantilena —de la que tampoco entendí nada—, y mirándome con sus grandes ojos grises, me dijo lo siguiente: “Camila Candelaria, los orishas han hablado: corres peligro, mucho peligro. Si no sigues al pie de la letra mis instrucciones, mucho me temo que algo malo te suceda. El que avisa no es traidor. Tú sabrás lo que haces. Aunque soy pelleja vieja —que más sabe el Diablo por viejo que por diablo—, no me atrevería a asegurar si lo tuyo es un caso claro de posesión o solo un corriente y moliente mal de ojo sin mayores consecuencias; en cualquier caso, más vale que obremos con prudencia y evitemos alguna desgracia. En primer lugar, y puesto que tu santo protector es Yemayá, vas a colocar detrás de tu puerta un melón entero con melao y una herradura lavada con agua bendita y manteca de corajo. Después, tendrás que hacerte un despojo: durante nueve noches seguidas te bañarás en agua hervida con rompezaragüey, jobo, álamo, tártago, ruda, yerbabruja, romerillo, anamú y pasote, yerbas todas que encontrarás en la botánica de Chicas-Rendón. Y como último recurso para conjurar el espíritu maligno de Edwin, al cabo de

los nueve días, celebraremos aquí en mi casa, un panaldo, una limpieza, para lo cual necesitaremos la cooperación de varias personas conocidas mías, todas de confianza, incluyendo a Luz Selenia, aquí presente. El derecho que se acostumbra a pagar en estos casos es de 250 pesos; puede que te parezca mucho, pero en realidad nosotros apenas si cubrimos gastos; y no nos importa, porque lo que en verdad deseamos es ayudar a la gente, sanar o al menos aliviar las enfermedades del cuerpo y del alma. Ten fe, mi'jita; y una vez hayamos conjurado el hechizo, no te resignes a la soledad: busca nuevos amores y quiere a quien te quiera y lo merezca". Cuando terminó de hablar, doña Casimira, con su mano apergaminada y renegrida, me acarició maternalmente la cabeza, y entonces yo, obedeciendo a una atracción a la vez imperiosa y protectora, me acurruqué en su regazo: dos gruesos lagrimones se deslizaron por mis mejillas y una gran paz me fue llenando por dentro.

A la mañana siguiente, cuando desperté, apenas si podía levantarme de la cama. Me dolían las articulaciones y los huesos. Un agotamiento de siglos parecía haberse apoderado de mí. Gracias a unas fricciones de alcoholado y un tonificante ginseng que me suministró Luz Selenia, me sentí un poco mejor y me animé a acompañarla –en el fondo, no me atrevía a quedarme sola– a comprar las yerbas que doña Casimira había recomendado.

La botánica de Chicas-Rendón estaba ubicada en el 60 East de la calle 116, a unas cuadras de mi antiguo domicilio. El dueño, un guatemalteco simpático y energético llamado Otto, viejo amigo de Luz Selenia, nos atendió con gran cordialidad. En la botánica –verdadero paraíso para los devotos de la santería, el vudú, o el candomblé– abundaban las estatuas, las estampas y litografías de santos y santas –cristianos y paganos–, velas y cirios de todos los colores y tamaños, varillas de incienso, polvos

y aceites perfumados. Colgaban del techo pieles de serpiente, de zorro, de coyote, y toda la parafernalia destinada a los ritos mágico-religiosos: tambores y congas, collares, amuletos y talismanes. Detrás del mostrador, a lo largo de unos estantes, junto a libros de magia y ocultismo, devocionarios y santorales, se alineaban, en orden alfabético y en bolsitas de plástico con sus correspondientes etiquetas identificadoras, muestras del Gran Herbolario Universal: achicoria, para enfermedades hepáticas; adormidera, contra el insomnio; ajo, para prevenir la arterioesclerosis; albahaca, para los trastornos estomacales; árnica, para las contusiones y magulladuras; aspérula, para la hidropesía; aspidio, vermífugo contra tenias y lombrices; beleño, para las neuralgias; candelaria, para las infecciones respiratorias; enebro, para problemas urinarios; semillas de gabalonga, para los arrechuchos asmáticos; gayuba, para dolencias de vejiga y riñones; genciana, para favorecer la digestión; malvisco, para prevenir los catarros; manzanilla, para enfriamientos e inflamaciones; menianto, para las úlceras de estómago; muérdago, para estimular la circulación de la sangre; salvia, para inflamaciones de boca, garganta y faringe; sauco y tilo, para controlar la fiebre; trinitaria, para las erupciones cutáneas; yerbabuena, para los cólicos; valeriana, para los nervios; y otras yerbas y pócimas, amén de las recetadas por doña Casimira para mi despojo.

A pesar de los solícitos cuidados de Luz Selenia y de los baños purificadores, yo me sentía cada vez peor. Sólo se me apetecía dormir, quizás para no pensar. Mientras tanto, Luz Selenia (robándole tiempo a sus labores de costura) me fue iniciando poco a poco en los secretos y misterios de la santería —una religión tan rica, profunda y respetable como cualquier otra—, porque pensaba que cuanto más preparada me encontrara yo a la hora del panaldo, mejores y más positivos serían sus efectos.

Una de esas mañanas, yendo de compras con Luz Selenia, nos topamos con mi madre. Al verme tan demacrada y ojeriza, Mami se alarmó mucho, pero no quise revelarle nada porque lo habría complicado todo y bastantes complicaciones tenía yo ya. Por aquellos días –nos contó– estaba tramitando el divorcio, porque Patrick, que según ella, se había dado a la bebida, una noche, en una de sus borracheras, había llegado a amenazarla de muerte, y a ella no la amenazaba nadie. A mi hermana Milagros no había forma de animarla para que saliera con muchachos; atacada por una fiebre mística, se pasaba el santo día y parte de la noche entre novenas, loores mariales y rosarios, y leyendo las Sagradas Escrituras. De Román no tenía noticias, y eso era lo que más la apenaba, porque mi hermano siempre había sido su ojito derecho. Por lo que a ella concernía –concluyó–, en el aspecto económico las cosas le iban sobre ruedas: en la compañía de seguros la habían promocionado una vez más, y acababa de emprender, por su cuenta y riesgo, un negocio de real estate. Nos despedimos tan amigas, e incluso insistió en que aceptara un cheque –que me vino como llovido del cielo porque estaba en las últimas–, con la condición, eso sí, de que fuera al médico cuanto antes y que la llamara inmediatamente con el resultado, cualquiera que fuese.

Al día siguiente, como le había prometido a mi madre, fui al Metropolitan Hospital. En el hospital, y siguiendo las indicaciones del Dr. Heyman, me hicieron análisis de sangre, de orina, un electrocardiograma y hasta un encefalograma. Pero como suponía, todos los análisis y tests resultaron negativos. Mi drástico adelgazamiento, mi incomprensible debilidad y la inexplicable depresión en la que había sucumbido debían de ser –dedujo el doctor– síntomas de algún desajuste o desequilibrio nervioso, psíquico. Lo más indicado –dictaminó– era que consultara a un analista.

El sábado 9 de abril, festividad de Santa Casilda, era el día fijado para el panaldo en casa de doña Casimira. Como Luz Selenia la había llamado por teléfono la noche anterior, sabíamos que todo estaba a punto. Por mi parte, entre el inesperado regalo de mi madre y mis últimos ahorros, había logrado reunir el dinero para pagar a los santeros. Ese día me encontraba peor que nunca, con un punzante dolor en el pecho y una lasitud extrema. Me pasé el día acostada, vencida por el hastío, incapaz de hacer el más mínimo esfuerzo para salir de aquel pozo de apatía y desasosiego.

Pese a la favorable impresión que doña Casimira me había causado y a los consejos y buena voluntad de Luz Selenia, yo no estaba muy segura de que aquel ritual santero fuera la solución para mis males, pero como nada tenía que perder con probar, a las ocho de la noche nos pusimos en camino hacia Queens.

Al llegar a casa de doña Casimira me extrañó no ver a nadie en la sala, pues sabía por Luz Selenia que en la ceremonia participarían varias personas. No tardé en descubrir el motivo: para que todo transcurriera, si no en el más absoluto secreto, sí al menos de la forma más discreta posible —para no dar que hablar a los vecinos, siempre maliciosos y bochincheros—, el panaldo se celebraría en el sótano de la casa. En efecto, cuando, ataviada con una túnica blanca de organdí, descendí en compañía de doña Casimira y Luz Selenia por una estrecha y oscura escale-rilla hasta el sótano, comprobé que todo estaba ya dispuesto.

El sótano era un gran espacio rectangular de muros y piso de cemento, techo de estuco y una sola ventanita o tragaluz, tapada con hojas de periódico. Al fondo de la estancia, sobre un altar de grandes proporciones, iluminado por docenas de velas y cirios de gran tamaño, entre labrados bronce y platerías, apoyado en un bastón y con un saquito de yerbas medicinales al hombro, presidía el Negrito José. A un lado del altar había dos

historiadas urnas de porcelana esmaltadas de oro y purpurina, colmadas de orquídeas, lirios y cundiamores; y al otro, varias alforjas llenas de maíz tostado y unas muletas de madera. Junto al altar, sobre una mesa redonda engalanada por un primoroso mantel de encaje blanco, se amontonaban varias cajas de cigarrillos, una botella de ron y otra de agua de Florida, una baraja de cartas, plumas de ave, una canasta con frutas y dulces, la cabeza de una muñeca y tres calaveras humanas.

Varias personas estaban congregadas ya en aquel subterráneo, con más de catacumba que de sótano. Doña Casimira me los fue presentando a todos. Primero conocí a don Armando, un martiniqueño de edad indefinida, negrucio y encanijado, vestido de guayabera y pantalones blancos de dril, y descalzo; en su ahuesado rostro de momia, se abrían las cuencas vacías de sus ojos, que —me reveló después Luz Selenia— él mismo se había arrancado con sus propias manos como expiación por un terrible e inconfesable pecado de juventud. “Don Armando —dijo doña Casimira a modo de presentación— es la encarnación viviente de Omobabalú. Hoy bailará para que los orishas te sean propicios y te liberen del espíritu que te tiene endemoniada”. Don Armando no dijo ni palabra: se limitó a sonreír mefistofélicamente, mostrando sus pocos dientes corroídos por la nicotina. A continuación, doña Casimira me llevó hasta un grupo de mujeres —todas ataviadas de túnicas blancas, cinturón dorado y descalzas—, que, sentadas en sillas plegables a lo largo del muro, parecían enzarzadas en animada plática. Todas eran amigas íntimas de la santera, babalaos de mucha experiencia que intervendrían en la ceremonia. Una por una me fueron besando, dándome palmaditas en la espalda y deseándome mucha suerte. Paradas a ambos lados del arranque de la escalerilla —como ebúrneas cariátides quinceañeras— estaban las nietas de doña Casimira: Arminda y Lucinda, hermanas

gemelas, muy lindas, con trajes blancos de organdí bordado y, como las demás, descalzas. Como impulsadas por un mismo resorte, las bellas núbiles me hicieron una pomposa reverencia, a la que yo correspondí con la mejor de mis sonrisas. Por último, doña Casimira me presentó a los timbaleros, tres jóvenes dominicanos que, ocupados como estaban en calentar con la llama de un encendedor los cueros de sus instrumentos, ignoraron mi presencia.

Concluidas las presentaciones, doña Casimira hizo una seña a las gemelas y estas subieron al piso superior. Regresaron a los pocos minutos y comenzaron a servir entre los presentes platos de ensalada de aguacate, arroz con pollo, dulce de melcochao, y a escanciar ron caña en vasitos de plástico, que yo apenas probé porque me sentía mareada y a punto de vomitar. Después de la comida, las gemelas retiraron los platos y cubiertos y repartieron cigarros a todo el mundo.

Dona Casimira nos pidió a Luz Selenia y a mí que nos acomodáramos a un lado del altar, mientras ella, portando un largo varapalo con cintas de colores y campanillas, se fue a sentar junto a don Armando. Iba a comenzar la ceremonia.

Los timbaleros empezaron a tocar. Repiquetearon los sonidos agudos del timbal pequeño, seguidos de los más graves de la conga y del bongó, grande como una calabaza. Cada tambor obedecía a su propio ritmo, a su propio tono, y, sin embargo, parecía como si el percutir de los tam-tams sonaran al unísono. El retumbar de los tambores se fue atenuando gradualmente hasta convertirse en un leve pálpito, hipnótico, obsesivo. De pronto, don Armando emitió un alarido escalofriante; se levantó y, moviéndose con una seguridad que desmentía su trágica ceguera, anduvo unos pasos hasta pararse ante el altar, alzó los brazos y, con voz cavernosa y en un español arcaico mezclado de palabras en yoruba, fue invocando a todos los dioses y diosas del

panteón santero: a Elegguá, esencia del poder y de la fuerza; a Orúnmila, conocedor del destino; a Obatalá, diosa de la paz y la pureza, dueña de la mente y de los pensamientos; a Changó, dios del fuego, el rayo y el trueno, reencarnación suprema de la belleza y el sexo; a Oggún, dios de la guerra, la violencia, la destrucción y la muerte; a Babalú-Ayé, taumaturgo insigne; a Osain, señor de los bosques y las plantas; a Yemayá, diosa de los océanos, madre de la creación del Universo; a Oshún, diosa del amor y del placer; a Oyá, señora de los vientos y de los cementerios; a Yewá, señor de la muerte y de los muertos, de cuyas carnes se alimenta.

Invocados los orishas, don Armando, sumido en profundo trance, se derrumbó ante el altar. Se alebrestó el ritmo de los timbales. Entonces, doña Casimira lanzó una mirada a las gemelas y éstas se pusieron en movimiento. Arminda cogió una vela encendida del altar y la colocó en medio de la estancia; Lucinda, con un recipiente de agua entre las manos, se acercó a doña Casimira. La santera, sin soltar la vara —el mayombe—, que a modo de báculo sostenía, se levantó y, musitando con gran solemnidad unas ininteligibles palabras, introdujo la punta de los dedos en el recipiente y aspergeó el agua en dirección a los cuatro puntos cardinales. Acto seguido, lenta, muy lentamente, con sacerdotal empaque, avanzó hacia el centro del sótano, se acuclilló y, sin dejar de rezar, con una tiza blanca trazó en el piso un círculo y unos misteriosos signos cabalísticos. En ese momento, uno de los timbaleros rompió a cantar en yoruba y las mujeres, sentadas frente a ellos, contestaron a coro, marcando con palmadas el compás de la extraña melopea.

Los cánticos prosiguieron durante largo rato. Don Armando volvió a levantarse y empezó a ejecutar, al ritmo de los tambores, entre saltos y piruetas cada vez más estrafalario, un grotesco y chocante zapateado. “El orisha se ha posesionado de él. Babalú

ha montado a babalocha”, me susurró al oído Luz Selenia; y añadió, “prepárate, Camila, tu momento ha llegado”. Don Armando danzaba ahora con un frenesí convulsivo, demoníaco. A un gesto de doña Casimira, se me aproximaron Arminda y Lucinda y me condujeron de la mano hasta el interior del círculo de tiza, donde hube de arrodillarme. Yo temblaba como una hoja; estaba a punto de desmayarme, pero una voz interior me conminaba a ser fuerte porque alguien –quienquiera que fuera– había intercedido en mi favor a Dios o a los orishas, y me exhortaba a enterrar de una vez mi doloroso pasado y a aceptar mi destino con fe y alegría.

Las mujeres, agitando los brazos, con el dengue y el cimbreo de las caderas, culipendeando al clamor de los timbales, bailaban ahora a mi alrededor. De pronto, una de ellas se quedó inmóvil y cayó al piso como fulminada por un rayo: acababa de ser poseída por el espíritu; en el piso, a cuatro patas, continuó jadeando y gimiendo como un animal en celo. La siguió otra, y después otra, y otra, hasta que todas acabaron revolcándose, presas de un inexplicable furor rabisalsero. Incólumes e impertérritas, Arminda y Lucinda, cada una con sendas palomas blancas entre las manos, se acercaron a don Armando. El ciego cogió las aves con la mano izquierda, y con un raudo y violento movimiento de la mano derecha les arrancó las cabezas de cuajo y se aprestó a beber con avidez y delectación de los dos chorros de sangre que brotaban de los pescuezos de las aves decapitadas. Después, entró en el círculo y, repitiendo con voz sochántrica las palabras de Oggún: “shoro, shoro, Oggún dekún”, me pasó las palomas –todavía aleteantes y salpicando sangre– por todo el cuerpo. Por último, postrándose ante mí, me las puso en la boca para que yo también bebiera. Moje mis labios en la sangre caliente y dulzona de las aves y bebí, bebí engolosinada, hasta saciarme. Entonces don Armando me abrazó y, levantándose

por la cintura como si fuera una pluma, me cargó en sus espaldas y me paseó por todo lo largo y ancho del sótano, seguido de las vociferantes mujeres.

Perdí el conocimiento.

Cuando abrí los ojos, me encontré recostada en el sofá de la sala. El silencio era sobrecogedor. Todos habían desaparecido; sólo Luz Selenia y doña Casimira permanecían a mi lado “Ánimo, Camila –oí que me decía la santera–, ya pasó todo. Ahora eres libre como el viento”.

De no haber sido por Luz Selenia –a quien estaré eternamente agradecida– y por doña Casimira –cuyos consejos he procurado seguir desde entonces–, no creo que hubiera podido encontrar por mí misma las fuerzas suficientes para escapar de aquella cárcel de amargura y desaliento. El caso es que tras el panalido, exorcismo o como quiera llamarle, me recuperé, hasta el punto de presentarme a los exámenes finales en la universidad, consiguiendo graduarme –*cum laude!*– ese mismo año.

* * *

En julio regresé a Puerto Rico. ¡Hacía tantos años que no visitaba mi isleta! En San Juan me quedé en casa de mi tía Francisca, donde permanecí unos días, hasta que me decidí a ir a ver a mi padre, que, casado con Griselda, su antigua amante, seguía viviendo en la misma casa de mi viejo barrio de Río Piedras.

¿Cómo describir las agrídulces sensaciones, los contradictorios pensamientos que me asaltaron al recorrer aquellas viejas calles en las que habían transcurrido mi infancia y adolescencia? Mi vecindario se me aparecía ahora como empequeñecido, empobrecido, más provinciano que nunca. Al reencontrarme con algunas amigas de antaño, nos besábamos y abrazábamos emocionadas, pero pasadas las primeras efusiones, nos quedá-

bamos como lelas, sin saber qué decirnos. ¡Todos habíamos cambiado tanto!

Cuando mi padre me vio, no pudo contener las lágrimas. A mí se me hizo un nudo en la garganta, que no me dejaba hablar. Papi había envejecido mucho, pero parecía feliz. Griselda, su esposa, era una mujer delgada, menudita, de mirada inteligente, limpia y soñadora, y muy cariñosa. Pasamos la tarde de mutuas confidencias y chichaítos. Me desahugué contándole a mi padre los mil y un episodios de mi vida neoyorkina, pero su rostro sólo se animó cuando le enseñé, llena de orgullo, mi diploma de graduada universitaria.

Era ya muy tarde cuando me despedí de ellos. Antes de retornar a Nueva York, volví a ver a mi padre en una o dos ocasiones más. Nunca hubiera sospechado que era la última vez que lo veía: murió, de un cáncer de estómago, a los pocos meses.

* * *

Al poco tiempo de mi regreso a Nueva York, Mami me llamó por teléfono, y muy excitada me contó que había conseguido divorciarse de Patrick y acababa de casarse –¡a la tercera va la vencida!– con un judío sesentón, viudo y sin hijos, y uno de los principales accionistas en su nueva empresa de real estate, que, by the way, iba viento en popa. Leon Goldstein –su nuevo marido– era poco menos que millonario: poseía varias tiendas de ropa en Manhattan y Brooklyn y varios edificios y propiedades en Queens. Cuando le hablé de mi reciente visita a Puerto Rico, mi madre, pretextando un compromiso urgente, se despidió, prometiéndome que ese fin de semana pasaría por mí para que pudiera conocer a su nuevo cónyuge.

En efecto, ese fin de semana, en un ostentoso Mercedes blanco, Mami vino a recogerme a casa, y manejando a velo-

cidad de vértigo —y sin dejar de parlotear durante todo el trayecto—, me llevó a su imponente mansión, en un distinguido vecindario de Westchester.

Mr. Goldstein —hombre sencillo y campechano, con un marcado acento alemán— me acogió con mucha amabilidad. Durante la cena —que, muy *comme il faut*, fue servida por una sirvienta prieta, de mandil y cofia almidonada—, Mr. Goldstein me contó que era superviviente de los campos de concentración nazis —en los que toda su familia había sido exterminada—, que había llegado a América sin un centavo, y que a fuerza de trabajar sin descanso a lo largo de varias décadas había logrado amasar una considerable fortuna. Era lo que la gente llama un *self-made man*. Todavía, y a pesar de la edad y de los muchos achaques, seguía manteniendo un perfecto control sobre sus innumerables negocios; el día de su jubilación —no le cabía duda— habría de ser también el de su muerte.

A mí me dio la impresión de que, como había estado siempre acostumbrado a la presencia de una mujer a su lado, al enviudar —y como no había tenido hijos—, temiendo a la soledad, no había tardado en volverse a casar.

Pasé con ellos ese fin de semana, y el lunes, después del desayuno, mi madre tornó a llevarme a casa, aprovechando el viaje para exponerme, con su locuacidad acostumbrada, sus planes para el futuro: la expansión de sus agencias de real estate, la remodelación y ampliación de la casa, el próximo viaje de vacaciones a Cancún —que ya convencería ella al bueno de Leon—, etc., etc., etc. También es verdad que mi madre se mostró muy cariñosa conmigo. Estaba —me confesó— muy orgullosa de mis éxitos académicos. Al despedirnos, Mami me tendió un abultado sobre amarillo, y sonriendo, me dijo: “Toma, es para ti: tu regalo de graduación”. Dentro del sobre había un boleto de ida y vuelta a España y un buen fajo de *travelers checks*.

* * *

En pleno mes de agosto, como quedaban aún varias semanas de vacaciones antes del nuevo curso —pensaba matricularme en el programa doctoral de sociología en Columbia University, donde, a la vista de mis buenas notas, habían prometido concederme, en calidad de préstamo, una generosa beca de estudios—, tomé un avión rumbo a Madrid, capital de España, la Madre Patria, como decía mi madre.

Aunque me habían asegurado que la España de la dictadura franquista ya no era el país atrasado, retrógrado y oscurantista de los años cuarenta y cincuenta, nada más llegar, noté la atmósfera enrarecida que se respiraba en la llamada piel de toro. Pero yo había ido de vacaciones, y procuraría atenerme única y exclusivamente a mi plan turístico, sin inmiscuirme para nada en asuntos políticos o sociales, por mucho que estos me apasionaran.

En Madrid, como todo turista que se precie, visité, Instamatic en mano, el Museo del Prado, con sus impresionantes lienzos de Velázquez y Zurbarán, de Murillo y Goya; el Palacio Real, con sus suntuosos mármoles de Carrara, sus ricos tapices flamencos y sus gigantescas lámparas-araña; los Jardines del Retiro —como nuestro Central Park, pero sin maleantes ni violadores—, tan románticos. Me senté en los cafés al aire libre en la Gran Vía y la Calle Serrano, privilegiados observatorios desde donde admirar la sobria elegancia de las españolas y el garboso porte de los españoles. Un día viajé a Toledo, por cuyas estrechas y tortuosas callejuelas, con ayuda de un plano-guía, zigzagué descubriendo a cada paso, recoveco tras recoveco, maravilla tras maravilla: la Catedral, la Sinagoga del Tránsito, Zocodover, Santo Tomé —con sus grecos incomparables—, Santa María la Mayor. Otro día hice una excursión a El Escorial

—símbolo siniestro y contundente de la España Imperial, de la España de los Austrias, archidefensora de la cristiandad y explotadora de nuestras Indias—, en cuyos panteones y criptas reinaban las gusaneras de la monarquía española. Ese mismo día, en la gira turística, nos llevaron al Valle de los Caídos: me pareció un monumental insulto, un descomunal atentado contra el buen gusto.

De Madrid volé a Barcelona. En la ciudad condal pasé tres días inolvidables, admirando la colección pictórica del Museo de Arte Moderno, gozando de las diabluras modernistas de Gaudí y paseando por las pintorescas Ramblas, atestadas de gente, de pájaros y flores. Barcelona, ciudad abierta, cosmopolita —me recordaba un poco a Nueva York—, me gustó más que Madrid, pero a diferencia de los madrileños, los catalanes me resultaban demasiado lacónicos, demasiado business-like people.

De Barcelona, recorrí en tren toda la costa mediterránea, hasta llegar a Valencia, donde me detuve un solo día, porque me moría por retozar en Torremolinos, del que tanto me habían hablado. ¡Menuda desilusión me llevó! Torremolinos, atestado de turistas y gigolós de vía estrecha, con unas playas raquílicas y pedregosas —comparadas con las de mi Borinquen—, me defraudó por completo, así que al día siguiente, en guagua —en autobús, como dicen allá— huí hacia Granada.

En Granada, me hospedé en el Parador de San Francisco, al ladito de la Alhambra. Esa misma tarde, después de una reparadora siesta, decidí darme una vuelta por la ciudad. Bajé al vestíbulo del hotel, pedí un cubalibre en el bar y me senté a hojear un *Baedeker* de Granada, antes de lanzarme a turistear. Estaba enfrascada en la consulta de la guía, cuando oí a mis espaldas una bien timbrada voz que me decía: “Para conocer Granada, de poco han de servirte las guías”. Di un respingo; me voltéé y

me hallé frente a un joven alto, espigado, trigüeño, de barbita puntiaguda, que, sonriendo, me tendía la mano.

Bernabé —que así se llamaba quien iba a ser mi cicerone particular durante el resto de mis vacaciones—, sin ser guapo, era un hombre atractivo, de natural distinción y exquisita cortesía. Antes de mi viaje, me había jurado a mí misma no intimar con ningún español porque estaba convencida de que todos eran unos redomados machistas, y yo no estaba dispuesta a ser objeto sexual de nadie. Pero Bernabé era distinto, diferente. Nacido y criado en Marruecos, de padre español y madre musulmana, había viajado por casi toda Europa y gran parte del mundo islámico. Por aquel entonces era profesor adjunto en el Departamento de Lenguas Semíticas de la Universidad de Granada, donde estaba consagrado a la investigación y a la enseñanza del árabe, lengua que dominaba a la perfección.

Como es natural, Bernabé tenía un conocimiento prodigioso del arte y la cultura islámicos. Su entusiasmo por todo lo árabe era contagioso. ¡Qué suerte haberlo conocido! Nadie como él para acercarse con los ojos realmente abiertos a esos ensueños arquitectónicos que son la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba, o el Alcázar de Sevilla, ciudades que exploré, conducida por su experta mano y sabia elocuencia. Guardo especial memoria de nuestra estadía en Cádiz, la Tacita de Plata, ceñida por su luminosa bahía. ¡Sus angostas y empinadas callecitas de balcones cuajados de geranios me recordaban tanto a mi viejo San Juan!

Mis relaciones con Bernabé —tan apasionadas como breves— no suponían compromisos de ninguna clase. Ambos sabíamos que al finalizar el verano, tan pronto como yo regresara a los Estados Unidos, nuestro romance se convertiría pronto en cosa del recuerdo —ya se sabe: “amor de lejos, amor de pen-dejos”—; aquellos días de amor bajo la luna andaluza queda-

rían para siempre en nuestros corazones como única e inefable prueba de una felicidad, no por rara, menos posible.

* * *

Mi viaje a España había sido un transitorio paréntesis de descanso antes de iniciar mis estudios doctorales en Columbia. Me juré a mí misma dejarme de amoríos —aunque fuera sólo por un tiempo—, que, trastornándome, me desviaban de mi principal objetivo, que era y debía ser, mi carrera. Pero como dice el refrán, “El hombre —o la mujer— propone, y Dios dispone”: al mes y medio de haberme hecho tal promesa, conocí a Jorge Luis.

Jorge Luis, hijo único de una linajuda familia argentina, era estudiante de derecho en Columbia. Iba siempre muy acicalado, con jacket de tweed, pajarita y camisa de cuello duro, y el caballuno rostro rozagante de after-shave de los caros, meneando mucho las manos manicuradas. Jorge Luis era tan pedante, tan pavisoso y tontivano que, viniera o no a cuento, soltaba largas parrafadas en inglés con acento de Oxford, donde había estudiado un par de años. Vivía en compañía de su madre —viuda de un diplomático e historiador mendocino—, en un elegante apartamento con vistas al Hudson, en Riverside Drive. La señora madre, bigotuda como un brigadier, trataba al hijo como si este fuera todavía un niño de teta: ¡así estaba de mal criado el pobrecito! ¡Cuánta miseria se encubre tras la fachada prepotente y ufana de los pijilindos, de los comemierda!

La primera vez que nos acostamos juntos fue en mi propio apartamento. La velada era prometedora, pero todo quedó en agua de borrajas: ¡eyaculatio precox! A la segunda —confiaba—, irían mejor las cosas ¡Pero no hubo segunda! Jorge Luis, muy educadito él, me dio las buenas noches, se volteó y se quedó dormido como un angelito.

Creo que fue la primera vez que yo, con plena conciencia de lo que hacía, me aproveché de un hombre. Ya es hora —me dije— de que se troquen los papeles. Como Jorge Luis era tan inteligente y solícito —hasta el servilismo más rastrero—, me ayudaba muchísimo con mis clases, sobre todo con la labor de investigación, y hasta llegó, en alguna ocasión que estaba yo agobiada de trabajo, a escribirme uno o dos papers. Por cierto, Jorge Luis, a diferencia de Edwin y de mis otros amores comunistas —o comunistoides—, se declaraba abiertamente elitista. Pensaba —y en eso no se equivocaría— que el comunismo era uno de tantos disfraces con los que una caterva de resentidos e incapaces encubrían sus desmedidas ansias de poder.

Jorge Luis era una persona muy absorbente, muy posesiva: se convirtió en mi sombra. Me parece que veía en mí a la posible substituta de su mamá, a quien idolatraba. A mí nunca me han gustado los niños de papá, y mucho menos los de mamá. Lo aguanté durante todo el curso, pero después de los exámenes finales, que pasé brillantemente, en parte, gracias a su ayuda, tuve que decirle que era mejor que no volviéramos a vernos. Se me echó a llorar como un nene. Y llegó a ponerse tan molesto que me vi obligada a amenazarlo con dar parte a la policía.

* * *

Al año siguiente, al conseguir mi primer trabajo full-time como traductora e intérprete en City Hall, abandoné Barnes & Noble. El salario no era mucho, pero la flexibilidad de horario me permitiría continuar, sin agobios ni premuras, el doctorado en Columbia University.

En City Hall conocí a Julio, jefe de Relaciones Públicas de la administración del alcalde Beame. Julio era lo que se dice un hombre bello: de estatura mediana, bien blanquito, cabello on-

dulado, labios sensuales y un bigotazo muy latino. Vestía siempre con elegancia, aunque no desdeñaba el detalle bohemio en su vestimenta, ya fuera un pañuelo de seda al cuello o algún chaleco de fantasía. Su personalidad extrovertida, arrolladora, era muy diferente de la mía; quizás por eso congeniamos: ¿no dicen que los polos opuestos se atraen? Julio conocía a todo el mundo, y todo el mundo lo apreciaba, porque como era de una simpatía extraordinaria, en seguida se ganaba la confianza y la amistad de la gente. Poseía un interminable repertorio de chistes y chascarrillos –de todos los colores– y el talento para imitar a cualquiera. ¡Había que verlo y oírlo parodiar a figuras como Desi Arnaz, al alcalde Beame y al mismísimo Richard Nixon.

Al poco tiempo de conocernos, Julio me invitó a almorzar en Chinatown, y entre Chow Mein y Lo Mein, me hizo la relación pormenorizada de su vida. Aunque nacido en Isabela, Puerto Rico, se había criado en Nueva York, en El Barrio, y en condiciones más que precarias. Al morir su padre en un bombardeo en la guerra de Corea siendo él todavía muy niño, su pobre madre –a quien adoraba– había tenido que ponerse a trabajar en una factoría. Llegó a cursar dos o tres años de High School, pero a pesar de lo mucho que su desparpajo e ingenio prometían, al enfermar su madre, tuvo que abandonar los estudios y meterse de aprendiz en un estudio fotográfico de Harlem, cuyo propietario, un tal Leroy Dersee, fue para él un segundo padre. A los veinte años se había enrolado en los Marines, más que nada por la oportunidad que le brindaban de conocer el mundo; y así, había visitado una infinidad de países, a los que aludía como si hubiera vivido en ellos toda su vida. De regreso a Nueva York, y licenciado del Army, se dedicó a la fotografía, su gran vocación. Durante varios años se desempeñó como reportero gráfico para varias revistas y periódicos neoyorkinos, llegando a celebrar, además, algunas exhibiciones de sus fotos

en centros comunitarios. Pero como el oficio de fotógrafo, por su imprevisibilidad, no le ofrecía seguridad económica, y estaba harto de vivir a salto de mata, cuando le ofrecieron el puesto en City Hall, no lo pensó dos veces, y abrazó la politiquería.

Julio no me ocultó que estaba casado y que tenía una hija; pero me aseguró que en su matrimonio las cosas iban de mal en peor, por lo que pensaba divorciarse. Su mujer, una judía americana, muy reprimida, muy aguafiestas, le hacía la vida imposible, y él sufría mucho, porque estaba convencido de que sólo se vive una vez y que la vida había que gozarla sin restricciones ni cortapisas, aprovechando al máximo cuanto de placentero y bello nos ofrece.

Esa misma noche me lo encontré esperándome a la salida de mi clase en Columbia. Cenamos en El Villaggio, un recoleto y acogedor restaurante de Little Italy. Esta vez me tocó a mí hacer el relato de mi vida. Cuando lo hice, Julio, con los ojos brillantes por el Chianti, con voz melosa, acariciadora, de actor de telenovela, poniéndose la mano en el pecho, me dijo: “Camila, Camila Candelaria, presiento que el destino te ha puesto en mi camino, y ¿quién va a atreverse a desoír los dictados del corazón?”

Después de cenar, muy caballeroso, me acompañó en taxi hasta mi casa y, sin insinuar siquiera que continuáramos la velada en mi apartamento, se despidió de mí con un ligero y casto beso en la mejilla.

A la mañana siguiente, vísperas de Halloween, un amigo de City Hall nos invitó a un baile de disfraces que había organizado en su casa. Con ayuda de Luz Selenia, habilidosa costurera, me disfracé de egipcia, de faraona. Me puse un vestido de muselina dorada, medio transparente, muy provocativo, sin sujetador, sandalias de cuero, ajorcas tintineantes en los tobillos, un precioso collar de lapislázuli —que me había regalado Jorge Luis—, varios brazaletes, pantallas de bisutería y media libra de rímel en los párpados.

Cuando se apareció Julio –tarde y un poco borracho–, disfrazado de pirata feroz, al verme, haciendo muchas reverencias y aspavientos y dando grandes voces, dijo: “¡Córcholes, si hubiera sabido que ibas a vestirte de Cleopatra, me habría disfrazado de Marco Antonio, para hacerte el amor a orillas del Nilo, o del Hudson, que es lo mismo!” Los invitados –una gayumba de dráculas y vampiresas, hechiceros y brujas, hombreslobo y franquensteins, diablillos y diablesas– se desternillaban de risa.

Después, bailamos y bebimos sin descanso. Durante un bolero, estrechándome contra su cuerpo, Julio me susurró al oído: “Camila, Camilita linda, me tienes loco. Desde que te vi subir las escaleras de City Hall con ese andar sandunguero tuyo que quita el sentido, no hago más que pensar en ti. Ni duermo, ni como, ni vivo”. Me besó igualito que un galán de cine, sosteniéndome la cara con la mano derecha, mientras con la izquierda me sujetaba con fuerza la cintura. Por un instante, creí haber traspuesto los umbrales del Paraíso. Jamás, jamás había experimentado yo aquel deseo, aquella pasión delirante, volcánica, por un hombre. Desatados los instintos, ¿qué otra cosa podíamos hacer que servir a Venus cuanto antes?

Dejamos la fiesta en todo su apogeo y nos encerramos en mi apartamento, de donde no salimos en tres días y tres noches consecutivas. Julio iba a despertar en mí a la mujer que siempre había llevado dentro, al latente eros, que mi pacata educación y mis fobias personales habían mantenido hasta entonces encadenado.

A Julio –tan amoroso, tan romántico– llegué a quererlo con locura, pese a sus muchos defectos, que los tenía. Me acuerdo que una noche asistimos en el Hilton a una fiesta que se celebraba con el fin de recaudar fondos para las campañas de varios políticos hispanos. Allí alguien me presentó a Father Saturnino, un sacerdote español, radicado desde hacía años en los Estados

Unidos. El Reverendo Padre Saturnino era un hombre bien parecido, vestido de civil –por lo que nadie hubiera sospechado su condición eclesiástica– y, según decían, realmente preocupado por los problemas espirituales de la comunidad latina. Durante el banquete, noté que el Reverendo no me quitaba el ojo de encima. Cuando concluyó la cena y la orquesta empezó a tocar, Father Saturnino se acercó a nuestra mesa y, circunspecto y comedido, le preguntó a Julio si tenía inconveniente en que bailara conmigo. Julio se encogió de hombros, como dándole a entender que le daba igual, lo cual –¡si lo sabría yo!– era más falso que el beso de Judas. ¡Y lo bien que bailaba el hombre! ¡Y cómo se me pegaba! “Caramba –pensé–, ¿seré yo maliciosa?, porque no creo que lo esté haciendo a propósito; será su estilo de bailar”. De pronto, se nos acercó Julio, todo encendido, y dándole al cura unas palmaditas en la espalda, le dijo: “Hey, hey, Reverendo, le di permiso para que bailara con ella, pero si sigue estrujándola así no va a dejar sitio para el Espíritu Santo. Bocato di cardinale, ¿eh?” Father Saturnino, riéndose nervioso y azorado, se separó de mí, y se quitó de en medio como un perro con el rabo entre las patas. No le vimos el pelo en toda la noche. Pero no iba a quedar ahí la cosa.

Al día siguiente, un viernes, a primera hora de la mañana, recibí una llamada telefónica en City Hall: ¡era el Padre Saturnino! Cuando me invitó a cenar esa noche en el Chateau Madrid, me quedé de una pieza, cortada, sin saber qué responderle; pero como Julio se había ido a pasar el fin de semana con su hija a Disneyworld, picada por la curiosidad de saber qué clase de individuo sería el Reverendo, acepté su invitación.

A las ocho en punto, el Padre Saturnino, de chaqueta azul marino de doble pecho, pantalones grises de franela, corbata malva y relucientes zapatos de charol, me aguardaba, en una limusina con chofer uniformado, en la puerta de mi casa. Cuan-

do lo vi, un espeluzno me recorrió el espinazo: ¿qué osadía la de aquel emisario de Dios! ¿Qué oscuras intenciones se camuflarían tras su almidarada sonrisa y refinadas maneras”?

En el Chateau Madrid los camareros parecían conocerlo muy bien y lo trataban con gran deferencia. Como hombre de mundo que era, el Reverendo eligió un delicioso vino de Ribeiro, ostras a la vinagreta, merluza en salsa verde y de postre, flan con nata y caramelo. Al tercer o cuarto trago, y mientras yo le contaba mis impresiones de mi viaje por España, el Padre Saturnino me devoraba ya con la mirada. Y a los postres, saboreando el café espresso y fumándose un grueso habano, me dijo que perdía mi tiempo con Julio —a quien consideraba poco menos que un bruto—, y que si aceptaba su amor, no habría de arrepentirme, porque me tendría en bandeja, como una reina, y que con sus influencias y contactos podría yo aspirar a puestos de suma importancia y categoría en el cuerpo administrativo de la ciudad. En otras palabras: el Reverendo Padre Saturnino estaba proponiéndome que fuera su barragana. Entonces, con toda la frialdad que mi indignación me permitía, le pregunté, en tono de sorna, si no se le había ocurrido que aquella conducta suya no era ni mucho menos compatible con los votos de castidad que como sacerdote habría contraído. El Padre Saturnino, rojo como un tomate, mordiéndose los labios de cólera y despecho, mascando cada sílaba, me espetó: “El sacerdocio es mi profesión, no tienes por qué recordármelo; pero eso no significa que yo no sea un hombre como los demás y que como los demás sucumba a veces a las urgencias propias de la carne. Lo que de verdad importa es cumplir bien como sacerdote y como hombre. Después de todo, la contradicción es sólo aparente: ¿por qué no va a ser posible satisfacer a la Iglesia y a la Mujer al mismo tiempo? El placer no conoce el pecado y el sexo nada tiene que ver con la moral”. ¿Habrás visto hipócrita más grande! No quise oír más; le agradecí la

cena y salí de la sala de fiestas. En aquel momento, Olga Guillot iniciaba su actuación cantando aquello de:

Voy a mojarme los labios con agua bendita
para poder borrarme los besos que un día
me diera tu boca maldita.

Como yo no tenía que avergonzarme de nada, porque a Julio no le había faltado, al lunes siguiente, en el luncheonette cerca de City Hall donde solíamos almorzar, le conté el episodio del reverendo. En vez de reírse, como yo esperaba, Julio se levantó enfurecido, me dio un terrible bofetón, volcó la mesa de una patada y me escupió. “¡Putas, más que putas, tú eres mía y nada más que mía!, ¿lo entiendes?”. Y en seguida, sin dejar de insultarme, salió de allí gritando como un loco. Se armó un revolú tremendo. Yo me había quedado aturdida, en estado de shock. Gracias a Dios que una camarera, compadecida, me acompañó al baño y me limpió la sangre, pues el muy bestia me había partido el labio. Abochornada, tragándome las lágrimas y la sangre, regresé a City Hall. En las escalinatas del Ayuntamiento me esperaba Julio, arrodillado y con los brazos en cruz. “Perdóname, mi amor –me suplicó, llorando y abrazándose a mis rodillas–, perdóname; perdí el control; te juro que no pasará jamás. Pégame, anda, patéame, lo merezco, pero por lo que más quieras, nunca más vuelvas a salir con ningún hombre, ya sea sacerdote o el mismo Papa de Roma”. Un corrillo de personas se había detenido a contemplar la escena. “Déjame, Julio, por favor, estamos dando un espectáculo”, le rogué, zafándome de sus abrazos y entrando en City Hall. Allí, para intentar calmarme y componerme un poco, me refugié en el cuarto de baño. Me miré al espejo: tenía los cinco dedos marcados en la cara y el labio hinchado y amoratado. De pronto, Julio irrumpió en el cuarto de baño. Pegué un grito tan fuerte que los guardias de seguridad

acudieron de inmediato y lo sacaron de allí casi a rastras. Únicamente lo soltaron cuando les aseguré que sólo se trataba de una riña entre enamorados. No le hablé por tres meses. ¡Son of a bitch!

Pero Julio no era hombre que se resignara fácilmente. Me dejaba apasionadas cartas de amor en las gavetas de mi escritorio de City Hall, me llamaba por teléfono todos los días y a todas horas, me enviaba ramos de gardenias –mi flor preferida–. Tanto y tanto insistió que acabé perdonándolo. Y las cosas volvieron a su cauce.

Los meses que siguieron a nuestra reconciliación fueron maravillosos: juntos asistíamos a exhibiciones de fotografía y pintura, frecuentábamos los cines –el cinema era otra de las pasiones de Julio– y paseábamos, cuando el tiempo lo permitía, por Central Park o los Cloisters, allá por Fort Tryon Park. Julio, siempre cámara en ristre, no paraba de hacerme fotografías; estaba preparando un portafolio, que sería su homenaje a la Mujer, a la que, gracias a mí, decía, había descubierto.

Con Julio exploré casi todas las variantes del sexo. Tanto es así que llegué a pensar que el placer que el orgasmo me procuraba era como la compensación de un vacío interior que no acababa de colmar. Con el tiempo nuestras relaciones fueron tomando un cariz sadomasoquista. Pertrechados de parafernalia S.M., que compramos en una tienda porno del Village –esposas, fustas, bridas, botas de montar, antifaces y corsés de interminables lazos, nudos y cintas–, una veces era yo la víctima y él el verdugo; otras, intercambiábamos papeles. Todo –claro está–, sin llegar jamás a extremismos peligrosos ni aberrantes.

¡Cuánta verdad encierra el dicho, “el amor es ciego”! Ciega estuve yo durante los dos años que duraron nuestras relaciones. En ningún momento se me había pasado por la mente que Julio pudiera serme infiel algún día. Ocurrió del modo más fortuito y anodino: un día, hojeando algunos de los portafolios

que Julio dejaba a veces en mi casa, encontré entre las páginas de uno de ellos un sobre grande, sin cerrar; lo abrí sin maliciar nada, y descubrí un montón de fotos de desnudos de una bellísima rubia, en todas las poses imaginables, dedicadas de puño y letra a Julio con todo cariño, y con fecha reciente. Cuando le pedí explicaciones, el muy tunante, en vez de inventarse una excusa, una coartada, no sólo admitió sin reservas haberse acostado con la modelito, sino que, restándole importancia al asunto, me dijo, con el cinismo más desvergonzado, que esas cosas eran frecuentes entre artistas, y que no me preocupara, porque yo seguía siendo su gran amor. ¡El mundo se me vino abajo!

A Julio no le consentí que volviera a dirigirme la palabra. Poco tiempo después, con el advenimiento de la administración del alcalde Koch, no le renovaron el contrato y se quedó sin empleo. Supe que había abierto su propio estudio de fotografía, pero a causa de su irresponsabilidad e inveterada dipsomanía se había ido quedando sin clientes —y supongo que sin modelos—, hasta tener que cerrarlo y regresar al hogar, donde se pasaba el día, bebiendo y vegetando.

* * *

El año académico había concluido. A pesar de que mis calificaciones no habían sido muy brillantes —por culpa de mis tormentosas relaciones con Julio—, me las apañé para lograr que la beca que me había concedido Columbia University no sólo me fuera renovada, sino también incrementada. Ese verano de 1977 continué trabajando en City Hall y haciendo traducciones para varias empresas y organizaciones comerciales de Manhattan, labor tediosa pero muy bien remunerada.

El periodo depresivo que siguió a mi rompimiento con Julio no iba a ser tan prolongado ni tan penoso como yo había te-

mido, en parte gracias a la ayuda y consejos de Walter Martín, psicólogo y nutricionista de Columbia, quien por aquel entonces me iniciaría en la Yoga. Como Walter —oriundo de Panamá y educado en Boston— parecía ser un hombre muy equilibrado, muy seguro de sí mismo —y sin ningún interés por seducirme—, pronto hicimos amistad. Fue él quien me habló por primera vez de la Gran Hermandad Universal, explicándome a grandes rasgos sus orígenes y ulterior desarrollo.

La Gran Hermandad Universal era una asociación o secta religiosa, fundada en la India, en los años veinte, por Sri Aurolindo, un ser excepcional, asceta, místico y guía espiritual, con millares de prosélitos en todo el mundo. Antes de morir —si es que los santos mueren—, Sri Aurolindo había encomendado al Sublime Maestro —su discípulo predilecto— la misión de propagar las doctrinas yóguicas de la Tradición Iniciática a todo lo largo y ancho de las Américas. El Maestro, después de fundar varios ashrams en Nueva York, San Francisco, México y Caracas, se retiró a la sede central del movimiento, ubicada en Guánica, Puerto Rico, a unas cuarenta millas de Ponce.

Con Walter comencé a frecuentar el Templo, que es como los hermanos de la Gran Hermandad Universal llamaban al bajo de un antiguo y decrepito edificio en la calle 155, junto al histórico Trinity Cemetery. El Templo era un gran salón alfombrado, de paredes literalmente recubiertas de fotografías de Sri Aurolindo y del Sublime Maestro, ensimismados en profunda meditación, o engarabitados en complicadas asanas junto al Ganges, amén de un sinnúmero de polícromas mandalas y diagramas zodiacales. A lo largo de la semana, instructores del mismo centro o invitados ilustres pronunciaban conferencias —en inglés y en español— sobre Hatha Yoga, Meditación Transcendental, Nutrición, Astrología, Parapsicología, Esoterismo, etcétera.

Bajo la dirección de Walter, que era un consumado yogui, aprendí las asanas básicas, algo de pranayama (control de la respiración) y algunas técnicas de meditación. Gradualmente, fui modificando algunas de mis costumbres y hábitos más nocivos: dejé de beber alcohol, suprimí los estimulantes –incluyendo el café y el té– y los barbitúricos; me convertí –no sin grandes sacrificios– al vegetarianismo –¡se acabaron los asopaos y mofongos, el salpicón y el mondongo!–, y empecé a dar largas caminatas diarias. La salud, decía Walter, había que ganársela a pulso.

Con tanta diligencia y aplicación me adherí al nuevo régimen, que cuando acabó aquel verano, mi estado físico había mejorado de forma asombrosa, repercutiendo de modo favorable en mi agitado estado mental. Si bien mi actitud ante los problemas y dificultades de la vida no cambió radicalmente, al menos, y en gran medida, se transformó: ahora me tomaba las cosas con mucha más calma, procurando que los reveses y sinsabores de la lucha diaria hicieran poca o ninguna mella en mi ánimo.

* * *

Hasta ese momento, arrastrada por la vorágine de la vida neoyorkina, no había tenido la oportunidad ni el anhelo de sondear, de bucear, con la paz y el sosiego necesarios, en las turbulentas aguas de mi espíritu, en pos de la luz que iluminara por fin mi destino. Por todo ello, a nadie le extrañó que, alentada por Walter, y antes de que comenzara el nuevo curso académico, me decidiera a visitar el ashram de la Gran Hermandad Universal, en Puerto Rico, con el fin de pasarme allá un par de semanas de retiro espiritual y de conocer personalmente al Sublime Maestro, de cuya vida y milagros tanto me habían hablado. Por una vez en mi vida intuía haber hallado el verdadero camino.

¡Qué alegría tan grande aterrizar en Ponce y recibir de pronto la bocanada salitrosa y tórrida de la brisa del Caribe! Una traqueteante guagua, bordeando la Bahía de Tallaboa, me llevó desde Cayo Parguera hasta Guayanilla, y de allí, circundando el bosque estatal de Guánica, continuó hasta dejarme a poca distancia del ashram, situado en la Bahía de la Ballena, frente a los cayos de Caña Gorda, donde un día de 1898 desembarcaran las tropas norteamericanas en su lucha contra España. A mis espaldas, hacia el Norte, se extendía un frondoso bosque de caobas, flamboyanes, tamarindos y quingombós, que, por su corteza rojiza y escamosa, llaman en Puerto Rico “palos de turista”; hacia el Sur, se perfilaba la línea azul de horizonte marino, y el sol arrancaba a la arena de la playa relámpagos amarillos.

Por una vereda de gravilla bordeada por cundiamores y miramelindos, llegué hasta las puertas mismas del ashram. Por lo que podía avistar desde la entrada, el ashram estaba rodeado —y protegido—, a modo de fortaleza o ciudadela, por una tapia de unos ocho o nueve pies de altura. En las rejas de las puertas de hierro forjado, un letrero advertía: ASHRAM EL CAIMAN. PROHIBIDO EL PASO. NO TRESPASSING. Junto al cartel había una campanita de bronce bruñido. Toqué la campana y esperé. Como no acudía nadie, volví a tocar, esta vez con mayor urgencia, y entonces oí una voz que decía, “Ya va, ya va, que no se va a hundir el mundo”. Una mujer de unos veinticinco años, ojigarza, alta, esbelta, el pelo trenzado, vestida con una túnica lila y sandalias de cuero, se acercaba a grandes zancadas. Cuando le informé de quién era y a qué venía, la mujer —quien dijo llamarse Otilia—, me mandó que la siguiera, porque debía, antes que nada, presentarme a su superiora, la Madre Maleva.

Por el camino nos cruzamos con algunos hermanos, que, envueltos en túnicas azafranadas, paseaban en silencio, cabizba-

jos y abstraídos. En seguida llegamos a un edificio grande, des-tartalado, de aspecto funcional. A la entrada, sobre el dintel de la puerta, se leía, ADMINISTRACION. Subimos por una escalera de caracol al segundo de los tres pisos del caserón y entramos en una espaciosa y bien surtida biblioteca. Alrededor de una gran mesa de madera, un grupo de hermanos y hermanas consulta-ban varios librotos y legajos. En un extremo de la pieza, junto a un amplio ventanal, en el que se recortaba el refulgente azul del mediodía, una jovencita, una adolescente casi, tecleaba con reconcentrada energía en una anticuada Underwood. Otilia me rogó que aguardara un momento, que iba a avisar a la Madre Maleva, y desapareció por una puertecilla camuflada entre los anaqueles de la biblioteca. A los pocos minutos regresó, anun-ciándome que la Madre Maleva me recibiría en seguida. Dejé mi maletita en el piso y entré.

La Madre Maleva, inclinada sobre un historiado escritorio estilo Imperio, ante un voluminoso cartapacio, con una calcu-ladora en la diestra y un lápiz en la siniestra, parecía enfrascada en complicadas y obtusas operaciones aritméticas. Por fin, ce-rró el cartapacio y, levantando la cabeza, con unos inquisitivos ojos zarcos, me miró de arriba abajo. La Madre Maleva frisaba los cincuenta años, era bajita, pero de complexión recia, hom-bruna, de afilada nariz y piquito de pájaro. Como las demás mujeres del ashram, vestía la túnica malva de rigor, diferen-ciándose de ellas únicamente por un enorme medallón colgan-te del cuello, que la distinguía como iniciada. “Así que venís recomendada por el hermano Walterio”, me dijo con marcada inflexión rioplatense, mientras me señalaba una silla para que tomara asiento. Cuando le expuse los motivos de mi visita al ashram, subrayando mi sincero interés por la Doctrina Iniciá-tica y por conocer al Sublime Maestro, del que Walter y los otros hermanos y hermanas del ashram neoyorkino me habían

hablado tanto, la Madre Maleva, al parecer insatisfecha aun con mis “credenciales”, me preguntó si llevaba conmigo alguna identificación. Un poco exasperada por tanta suspicacia, le entregué mi I.D. de Columbia University, una carta de Walter –en la que confirmaba el carácter pasajero de mi estadía en el ashram– y otros documentos. La Madre Maleva los revisó con conspicuo detenimiento y garrapateó algunas notas en un cuadernillo de tapas verdes. “Bueno –me dijo, levantándose y sonriendo por primera vez–, antes de que podamos admitirte en nuestra comunidad, y aunque sólo vayas a estar con nosotros unos días, habrá que consultárselo al Maestro, quien como Director General, tiene siempre la última palabra. Aun cuando a mí me consideran su mano derecha, solo soy una discípula más. Acompañáme”.

Salimos de la biblioteca y subimos a la tercera planta. La Madre Maleva me pidió que esperara un momento y desapareció por un largo corredor decorado con esculturas y grabados de la iconografía religiosa hindú. Al poco rato, reapareció; me hizo una seña que la siguiera y me condujo hasta una puerta al fondo del pasillo. De pronto, me encontré en un saloncito de dimensiones regulares, lleno de gomeras y bonzais; en las paredes había algunas fotografías del fundador predicando ante un centenar de discípulos y varias miniaturas persas e hindúes.

El Sublime Maestro estaba arrellenado en un butacón de orejeras, los ojos semicerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. El Maestro era un hombre de unos sesenta y tantos años, ancho de hombros, piel olivácea, nariz aquilina, larga cabellera canosa y venerable; en su pecho abombado lucía un grueso medallón del tamaño de una alcapurria, con el emblema de la Tradición Iniciática. Vestía una túnica blanca, de lino, y calzaba unas finas sandalias de amarillo cordobán. Para mi sorpresa, en otro

sillón, frente al Maestro, armada de una grabadora portátil y un cuadernillo de notas, estaba Otilia —¡a quien acababa de dejar en la biblioteca!—, al parecer grabando y apuntando al dictado del Maestro.

El Maestro interrumpió su alocución, abrió los ojos e hizo un ademán para que me aproximara. “Bienvenida a El Caimán, Camila Candelaria. Espero que encuentres en nuestro ashram la solución a todos tus problemas”, me dijo, con un curioso acento extranjero que no lograba identificar. “Así que eres amiga del hermano Walterio —prosiguió el Maestro, sonriendo y mirándome fijamente con sus ojos color de esmeralda—, muy bien, muy bien; y dime, ¿cómo van las cosas por mi ashram de Nueva York?”. Y ya iba yo a contestarle cumplidamente cuando, de forma abrupta, me atajó: “Está bien, mi’jita, otro día me contarás; ahora estoy muy ocupado. Siéntete en familia entre nosotros y no dudes en recurrir a la Madre Maleva para todo cuanto necesites”. Entonces, con la dignidad de un obispo, el Maestro extendió su mano hacia mí. La Madre Maleva, que había permanecido parada junto a la puerta durante la breve entrevista, se aproximó al Maestro y, haciendo una profunda reverencia, le besó la pastoral amatista, conminándome con un gesto a que hiciera yo lo mismo. Un poco azorada, la imité, y salimos de allí. Al alejarme, sentí que la mirada del Maestro me traspasaba como rayos láser.

“Vaya, vaya —me dijo la Madre Maleva, guiñándome el ojo de manera tan desdeñosa como sarcástica, mientras descendíamos al segundo piso en dirección a la biblioteca—, parece que le has caído en gracia al Maestro. No todos tienen tanta suerte. Aunque es cierto que poco pinta una raya más en la piel de un tigre, acá no admitimos a cualquiera”. “¡No soy una cualquiera!”, repuse indignada. Pero la Madre Maleva, sin hacerme caso, me dijo: “Como estoy tan ocupada con el buen funciona-

miento del ashram —¡hay tanto holgazán, tanto boludo!—, Otilia se encargará de darte el tour por nuestras dependencias y te informará sobre las reglas y ordenanzas de nuestra comunidad”.

De pronto, como por ensalmo, apareció Otilia. Al verla, puse tal cara de extrañeza, de desconcierto —¡era imposible que hubiese bajado antes que nosotras!—, que la Madre Maleva se rio de buena gana. “No, no —me aclaró—, todavía no disfrutan del don de la ubicuidad. La que dejamos arriba es Ofidia, la hermana gemela de Otilia. Ambas son las discípulas predilectas del Maestro y mis guardaespaldas. No es la primera vez que un visitante se queda, como tú, pasmado de asombro”. En efecto, Otilia y Ofidia eran idénticas como dos gotas de agua. “Bueno, y ahora te dejo, que tengo mucho que hacer”, me dijo la Madre Maleva, regresando a su oficina por la misma puertecilla de antes.

En aquella segunda planta, además de las oficinas y la biblioteca, había una amplia sala comunal, decorada con sencillez no exenta de confort: sillones de mimbre y divanes abullonados y varias mesitas de madera taraceada, con estatuillas y objetos de cerámica. “Todo lo que ves acá —puntualizó Otilia, con afectada jactancia— es como un muestrario de la artesanía que produce nuestro ashram. Algunos hermanos son verdaderos artistas, y su fama ha llegado más allá de nuestras fronteras”. Contiguo a la sala comunal se hallaba el teatro, un recoleto auditorio, donde— comentó mi anfitriona— se montaban, con cierta frecuencia, piezas teatrales, adaptaciones escenificadas del Mahabarata o el Ramayana, y se ofrecían recitales de música clásica, en los que ella misma —apostilló, ufana— solía participar, acompañando en la tabla a su hermana Ofidia, virtuosa de la sitar.

Descendimos por la misma escalera de caracol hasta la primera planta, que estaba ocupada por el refectorio, pieza muy austera —como el de un convento o monasterio—, con largas mesas de pino rectangulares y bancos corridos. Separada del

refectorio por una mampara de madera, estaba la cocina, toda de estuco y azulejos; de las vigas del techo colgaban marmitas y ollas de todos los tamaños; los fogones de hierro parecían antiguallas de otra época. Por último, bajamos al sótano, que estaba dividido en dos secciones separadas por un historiado biombo: una, ocupada por un taller de cerámica, un telar y un par de ruecas (que me recordaron al Mahatma Gandhi), en esos momentos vacío; y la otra —en la que se afanaban varios hermanos y hermanas—, por una pequeña imprenta, con una obsoleta rotativa, una fotocopidora y resmas de papel.

Cuando salimos, el sol caía a plomo; el calor y la humedad eran asfixiantes. Me dieron ganas de sugerirle a Otilia que, antes de proseguir el recorrido por el ashram, nos diéramos un chapuzón en el mar, pero como no quería dar la impresión de ser una niña malcriada y ñoña, incapaz de resistir las inclemencias del tiempo, me aguanté. Pero mi acompañante también parecía sufrir los efectos de la solana, porque caminaba arrastrando los pies y enjugándose el sudor de la frente cada dos por tres. Por fin nos detuvimos frente al pabellón de las mujeres, que, más que un dormitorio, parecía un hangar para aviones. Era un edificio destartado, de planta rectangular, muros de cemento revestidos de planchas de aluminio y tejados de cinc pintados de verde. En su interior —a modo de templete o capilla— había pilares de madera, entre los cuales colgaban las hamacas, que servían de lecho, y adosados a las paredes, unos armaritos metálicos como los de cualquier gimnasio. Otilia me llevó hasta el fondo del pabellón y con lacónico gesto me señaló mi hamaca; luego, se dirigió a los baños. Dejé mi maletita junto a mi hamaca y seguí a mi guía. Los baños consistían de varios lavamanos, inodoros y duchas sin puertas. De una enorme alacena, Otilia sacó un par de túnicas, una blanca y otra lila y, entregándomelas, me dijo, muy repipi:

“La túnica lila es de diario; la blanca, sólo para ceremonias y actos solemnes. Son de la misma talla”.

Mientras yo me desnudaba, ella se acercó a un lavamanos, abrió la pluma del agua y se lavó la cara, los brazos, el cuello. La túnica me quedaba maravillosamente, como si la hubiera llevado toda la vida.

Continuamos el recorrido del ashram por la zona norte, un área bastante alejada del resto de los edificios, y desde donde se divisaba, más allá de las tapias, una arboleda de ceibas y tamarindos. Primero visitamos el dispensario médico, donde una mujer viejísima y con cara de arpía, machucaba unos polvos en un almirez. Otilia no me la presentó. En el ashram todos debían de disfrutar de buena salud, pues en el dispensario no había ni un enfermo. Junto al dispensario había un herbolario y un invernadero; y un poco más lejos, un huertecillo de hortalizas y un plantel de naranjos, papayas y mangos. El ashram disponía también de un colmenar. Un hermano, sin protección alguna, libaba la dorada miel en unos tarros de cerámica, mientras se oía el zumbido de las abejas excitadas. Seguimos caminando un buen trecho hasta llegar a un pequeño cobertizo. Acosadas por el calor, nos sentamos sobre unos troncos a la sombra de una ceiba. Una hermana salió del cobertizo y se acercó a nosotros con un cuenco de barro en cada mano: era leche, una leche fresquita y dulce. “Esta debe ser la hermana Providencia”, le dije a Otilia, mientras la mujer, sin haber roto su mutismo, se alejaba hacia el cobertizo. Otilia asintió con la cabeza, mientras bebía a pequeños sorbos el delicioso refrigerio. Descubrí entonces la procedencia de la leche: detrás del cobertizo, en un verde pastizal, ramoneaban unas cuantas cabras de hinchidas ubres.

Nos bebimos la leche y, ya más repuestas, seguimos andando hasta llegar a un lugar solitario, separado y aislado del resto

del ashram por una hilera de coposas ceibas. Y cuál no sería mi asombro cuando vi, en medio de un bellissimo jardín japonés, junto a una alberca, a un par de aletargados caimanes. “Son Ormuz y Ahrimán, los lagartos del Maestre”, comentó Otilia. Un arroyo de aguas verdinegras conectaba la alberca con un estanque mayor, donde se mecían los nenúfares y sagitarias. Junto al estanque había varias jaulas con loros, papagayos y guabairos. Al fondo del jardín, casi en las estribaciones del bosque, en una isleta rodeada de arrietes de orquídeas, adelfas y buganvillas, a la que se accedía por una pasarela colgante, se levantaba un airoso templete circular, con aires de observatorio y pagoda china. Y ya me disponía a cruzar la pasarela, cuando Otilia, agarrándome con fuerza por el brazo, me increpó encolerizada. “¡Ni se te ocurra, figona!” Retrocedí, asustada. “Este es —me explicó Otilia, ya más calmada— el santuario, el santasantórum del Sublime Maestre. Jamás, jamás, por ninguna razón, a menos que el Maestre en persona te haya concedido permiso —y eso no sucederá—, te atrevas a traspasar los sagrados umbrales de su morada. A un ser divino como el Maestre no se le puede importunar así como así, ¿comprendés?”. Yo me limité a lanzarle una mirada glacial. Otilia, al parecer arrepentida de su exabrupto, bajó los ojos y me hizo un gesto conciliador para que nos alejáramos de aquel lugar.

Cerca de la verja de entrada, un hermano estaba lavando una vieja y abollada camioneta Volkswagen. Cuando nos vio, nos hizo un ceremonioso saludo, que me pareció de lo más lacayuno. Habíamos llegado al pabellón de los hombres. Señalándome con el mentón, Otilia me advirtió: “Y allá tampoco se te ocurra entrar. Se supone que hemos hecho votos de castidad, ya me entendés”. Sí, claro que la entendía. ¡Como si a mí se me iba a ocurrir acechar a los hombres, cuando había ido al ashram precisamente para huir de ellos!

Nos dirigimos en dirección Sur, hasta llegar al Templo del Sol y la Luna, una imponente pagoda, asentada sobre ruedas de piedra, símbolos —me recordó Otilia— no sólo del movimiento del sol sino también del paso del tiempo y el ciclo del karma. Se entraba al templo a través de unas puertas adinteladas con caracteres sánscritos, flanqueadas por dos fuentecillas para las abluciones. En el vestíbulo central, en un gran espacio alfombrado de base cuadrada, cubierto por una cúpula con pinturas que representaban la vida del Sidharta Buda, sustentada por cuatro pilastras rematadas por capiteles de rampantes dragones bicéfalos, se levantaba el altar, al que se accedía por tres escalones de mármol —alegóricos de las tres virtudes teológicas—. Sobre el altar, bajo un suntuoso palio sostenido por cuatro graciosos minaretes, se destacaban, soberanos, los símbolos del Yin y el Yang: un falo enhiesto y un rotundo yoni. A los pies del altar radiaban los haces de cientos de velas y cirios y ardían innumerables varillas de incienso.

Cuando salimos del templo, atardecía. Una bandada de alcatrazes se silueteó en el azul añil del cielo. Caminamos en silencio hacia la playa, y descendimos por un caminito arenoso y orlado de yucas hasta la orilla, donde se cimbreaban los cocoteros y los palmerales. A ambos lados de la ensenada se alzaban rocosos acantilados, contra los que batía el oleaje embravecido. “Y aquí termina nuestro recorrido —declamó Otilia—: frente al mar, principio y origen del Universo, frente a las aguas primigenias del Caribe”.

Tan a gusto llegué a sentirme en El Caimán, que las dos o tres semanas que proyectaba quedarme se convirtieron en un mes, después en dos, hasta que decidí —con la venia del Sublime Maestro— prorrogar mi estancia por tiempo indefinido. La vida rigurosa y disciplinada del ashram —esencialmente monástica— era lo que yo necesitaba. ¿Encontraría por fin mi camino?

Con cierta frecuencia, el Maeste convocaba una meditación a las tres de la mañana –todos los grandes iniciados meditan a esa hora tan intempestiva–. Los participantes se levantaban, hacían sus abluciones y se dirigían a la playa. Allí, sentados sobre la fina arena, ante el tenebroso mar, meditaban durante varias horas. Yo, que distaba mucho de ser una iniciada, me levantaba a la seis con los demás hermanos. A las seis y media daba comienzo –también en la playa– la gimnasia psicofísica. Esta gimnasia –que se considera preyóguica– consistía en ejercicios de flexibilización, de resistencia y sobre todo de respiración controlada: había que aprovechar la pureza del aire a esas primeras horas de la mañana, cuando la tierra está impregnada de energía cósmica.

Después de la gimnasia psicofísica, celebrábamos el llamado Ritual del Amaroli, en honor del Astro Sol. Todos los hermanos y hermanas allí reunidos alzábamos, con la mano izquierda –que es la más receptiva–, un vaso con nuestros propios orines, mientras rezábamos una breve jaculatoria, rogándole al Astro Rey que derramara su fertilizante prana en nuestros impuros –y reseco– labios. Y luego, lenta y ceremoniosamente, bebíamos nuestra orina, visualizando cómo el precioso líquido penetraba en nuestro cuerpo, poseyéndolo, purificándolo, vivificándolo. La orina, rezumante de minerales y aminoácidos, fortalece el sistema inmunológico.

Finalizado el Ritual del Amaroli, y tras las abluciones higiénicas indispensables, nos poníamos nuestras túnicas blancas para asistir a la breve, mas trascendental, Ceremonia Cósmica, que tenía lugar en el Templo del Sol y la Luna. En el Templo, encrestado sobre las gradas del altar, el Maestre –o algunos de sus discípulos escogidos– leía y glosaba algún pasaje de la Baghavad Gita, de los Vedas, de los Uppanishads, los aforismos de Patanjali, o algún versículo zoroástrico. A continuación, el

Maestre invocaba a los treinta y tres taos –invocación demiúrgica, arquimétricamente estudiada, esencia y médula de nuestra Sagrada Tradición Iniciática–. Acto seguido, y como colofón, el Maestre consagraba el altar, y todos los hermanos y hermanas elevábamos a coro la Oración Universal:

¡Oh Dios de la Compasión, del Amor y el Conocimiento,
Todopoderoso y Omnisciente Señor y Guía Nuestro!
Como rendidos esclavos, ante ti nos humillamos,
Y postrados, nuestra alma, nuestro cuerpo te ofrecemos.
Dígnate concedernos, Señor, un corazón abierto,
Tolerancia, clarividencia y voluntad de hierro.
¡Oh Dios de la Compasión, del Amor y el Conocimiento,
Todopoderoso y Omnisciente señor y Guía Nuestro!

De ocho y media a nueve se desayunaba en el refectorio. El desayuno se componía usualmente de frutas frescas del huerto, yogurt natural o requesones con papaya o granola, o maíz con pasas y miel. En todas las comidas se guardaba un absoluto silencio, pues de lo contrario hubiera sido imposible concentrarse en la visualización del prana, que absorbemos con la ingestión de alimentos. A mí, que tanto me gusta darle a la sin hueso, se me hacía muy difícil comer sin platicar, por lo que el Maestre hubo de reprenderme en varias ocasiones. Había que comer despacio –nos aconsejaba–, masticando y tragando con lentitud, sin apresuramientos ni urgencias, saboreando cada bocado. A este tenor, el Maestre solía decir: “Comer es también una vía de comunicación con la Divinidad”.

Después del desayuno, cada miembro del ashram emprendía la tarea que se le hubiera asignado para esa semana: unos trabajaban en el huerto, otros barrían y limpiaban los talleres y los pabellones. Había que tenerlo todo limpio, reluciente, porque

de lo contrario, la Madre Maleva nos humillaba, echándonos un rapapolvo delante de toda la comunidad. Durante los primeros días, me rebelaba ante el nada halagüeño panorama de tener que limpiar inodoros, pero mi conciencia –y la Madre Maleva!– me aconsejaba que para alcanzar la verdadera iluminación, la total independencia espiritual que tanto anhelaba, debía castigar el ego, causa y motivo de mis errores y desvaríos. Así que, tragándome las náuseas, cumplí con mi deber. He de reconocer que respiré aliviada cuando el Maestre en persona me escogió para otros menesteres menos escatológicos: y así, dejé las letrinas por las oficinas.

A mediodía, y tras las abluciones de rigor, nos preparábamos para ir al Templo. Desde ese momento, ya no se oía ni el más ligero murmullo. El silencio (¡Gran Brahmán!) debía ser absoluto, para que todos nos sintiéramos más receptivos, más abiertos a las doctas enseñanzas y las vibraciones positivas del Maestre. En el Templo, arropados por el incienso y el pachulí, nos sentábamos todos –a un lado los hombres, al otro las mujeres– en la posición del loto, frente al Sublime Maestre, arrellanado, entre cojines y almohadillas, en el altar. Comenzábamos con algunos ejercicios respiratorios y de concentración, para pasar en seguida a las asanas y concluir con la fase más importante de la sesión: la Meditación Trascendental. Había que verme entonces en la posición del loto: los tobillos bien metiditos entre los muslos, aprisionados bajo las nalgas; la espina dorsal, recta, sin envaramientos ni crispaciones. Debo confesar, sin embargo, que a mí la meditación se me hacía muy cuesta arriba, muy fatigosa: no había modo de poder concentrarme por más de dos minutos seguidos, máxime sabiendo que el Maestre, desde su augusto trono, sin quitarme el ojo de encima, estaba leyendo telepáticamente mis pensamientos. Era como si mi voluntad se desvaneciera ante la intensidad penetrante y perturbadora de su mirada esmeraldina: me sentía entonces desnuda, inde-

fensa, temerosa de su poder, mas ansiosa al mismo tiempo, de merecer su aprobación, su beneplácito, dispuesta a servirle y complacerle en todo. Pronto descubrí que no era yo la única que sucumbía a la mirada hipnótica del Maestro: muchas otras hermanas del ashram se declaraban también hechizadas, subyugadas por su irresistible magnetismo.

A la una y media almorzábamos. La comida –como puede suponerse– era fundamentalmente vegetariana, a base de legumbres, cereales, requesón y frutas. Algunos hermanos se quedaban con hambre, y se les veía después a los pobres rondar por la cocina, olisqueando todos los rincones como perros perdigueros en busca de algo que llevarse a la boca. Al Maestro esta conducta le enojaba mucho, y así solía decir que si aquellos tragaldabas no eran siquiera capaces de dominar el hambre, cómo iban a dominar otros apetitos y deseos, como la ambición, el afán de lucro, o el ansia de poder, que son aún más acuciantes y destructivos.

Por las tardes –y tras un breve descanso–, la mayoría de los hermanos se ocupaban tanto de las labores artesanales de mimbre y alfarería como de las de la imprenta y los trabajos de traducción y recopilación de las obras del Fundador y del mismo Maestro, así como de las Sagradas Escrituras, desde la Biblia hasta los Vedas o el Bardo Thodol.

A las ocho cenábamos, siempre algo muy liviano: algún caldito de vegetales, algún licuado de auyama, alguna sopita, y poco más. A veces, en el Templo, cuando celebrábamos, en honor a Shiva, la Ceremonia de Arati, el Maestro y algún hermano o hermana distinguidos nos daban a beber el Prasad –leche de cabra–, una vez rociados con el sagrado líquido los símbolos sexuales del Lingam y el Yoni. Otras veces, la libación consistía de Panchamritam, una mezcla de puré de banana, miel, manteca, dátiles molidos y dulce de coco amelcochao.

A las nueve nos retirábamos a dormir, si bien algunos hermanos permanecían aún varias horas consagrados al estudio o a la meditación.

A lo largo de la semana y en ocasiones especiales —como la conmemoración del nacimiento de Sri Aurolindo o de la fundación del ashram—, varios discípulos aventajados del Maestro pronunciaban conferencias sobre temas metafísicos y esotéricos. A veces, era el mismo Maestro quien nos dirigía la palabra. ¡Por nada del mundo me hubiera perdido yo una de sus pláticas! Cuando el Maestro, sentado a los pies del altar, en la postura del loto, con su voz armónica y reconfortante, nos iba desentrañando los intrínquilos de la Sagrada Vía o los mil y un matices del Tao Te King, yo me hacía la ilusión de que sus palabras iban dirigidas exclusivamente a mis oídos.

Jamás había yo gozado de aquella paz interior, de aquella lucidez mental, de aquel contentamiento serenísimo. Volver a Nueva York hubiera sido retornar al infierno, a la depresión, a la angustia, al miedo. No. Allí, en El Caimán, en aquel clima de beatitud y sosiego, tenía a mi alcance todo lo que necesitaba para evolucionar espiritualmente, para aspirar a la felicidad absoluta, a esa felicidad que el mundo y los avatares de mi vida me habían negado hasta ese momento. A pesar de mis muchos yerros y deslices, yo no había dejado nunca de creer en Dios: no en un Dios cristiano, justiciero y prepotente, sino en una fuerza suprema, origen y fin de todo cuanto existe.

Así pues, a principios de aquel otoño, escribí tres cartas: una a Columbia University, solicitando un leave of absence; otra a Luz Selenia, rogándole que subarrendara mi apartamento; y otra a mi madre, hablándole de mi nueva vida en el ashram y comunicándole mi intención de permanecer allí hasta que Dios quisiera. Después, me recorté el pelo a lo garzón, y me dije: “Camila, ahora o nunca. Si otros lo han logrado, ¿por qué no tú?”

Y por fin, un día, tuve el honor de ser requerida por el Maestro. Cuando la Madre Maleva me notificó que el Sublime Maestro en persona deseaba verme, me entró un nerviosismo muy grande. “¿En qué falta habría yo incurrido?”, me pregunté muy acharada, víctima una vez más de mi arraigado complejo de culpabilidad. Pero, para mi sorpresa, el Maestro me recibió con una sonrisa en los labios. Mi temor se desvaneció como por encanto. “Camila” –me dijo el Maestro, una vez que le hube besado la refulgente amatista–, no te puedes imaginar cuánto me alegra que hayas decidido quedarte entre nosotros. No me sorprende: desde que te vi supe que estabas llamada a realizar una importantísima labor en nuestra comunidad. Pues bien, desde mañana mismo, y ya que tu bilingüismo así lo aconseja, empezará a trabajar en el equipo de traducción que dirige la hermana Ofidia. Y ahora mi’jita, acomódate en ese sillón, relájate y, con toda confianza, cuéntame las razones que te trajeron hasta nosotros”.

El orgullo me brotaba por todos los poros del cuerpo. Mi corazón rebosaba de alegría. ¡Haber sido escogida por el Sublime Maestro en persona para llevar a cabo misión tan distinguida, tan delicada! ¡Y poder desnudar mi alma ante el Maestro, confesarle mis cuitas, mis temores, mis dudas! Cuando le hube relatado los pormenores de mi vida, desde mi emigración a Nueva York, pasando por las conflictivas relaciones con mi madre, la sucesión de mis amores y desamores, hasta el instante mismo en que me vi abocada al horroroso vacío, el Maestro, abriendo los ojos, que durante todo mi relato había mantenido entrecerrados, me dijo: “Mucho has sufrido, Camila, mas el sufrimiento, no lo olvides, engendra sabiduría. Más adelante, yo mismo habré de encargarme de tu educación. Hasta ahora has vivido ciega y sorda ante el problema fundamental del ser humano aquí en la tierra: el de la propia salvación, el de la vida eterna. Hay secretos y misterios –concluyó, dándome a besar su mano en señal de despedida–

que sólo yo puedo revelarte, y eso si tú te comprometes a seguir, al pie de la letra, mis consejos”. Cuando salí de la recámara del Maestre, me sentía colmada de un júbilo indescriptible. Aquella noche, ilusionada y esperanzada, me la pasé en vela, dándole vueltas y más vueltas a las palabras del Maestre. Presentía que algo muy grande iba a acontecer en mi vida.

Al día siguiente me incorporé la Comisión de traducción, que se dedicaba, entre otras tareas, a verter al español los textos del Fundador y del mismo Maestre escritos en inglés. Otras comisiones se encargaban de traducir los mismos escritos a otras lenguas, principalmente al portugués, al francés, al italiano, a hindi, al árabe, al ruso, al mandarín, y hasta al urdu, porque en el ashram había hermanos de todas las nacionalidades.

Integraban nuestro grupo una tal Rosacruz, una chicana educada en la Universidad de Colorado, muy relamida y sabihonda ella; Claribel, hija de un ilustre diplomático y hombre de negocios colombiano, dueño y señor de haciendas y ganaderías de reses bravas (*frutos*, decían algunos de sus conexiones con el cartel de Medellín); Cándido, un venezolano flacucho, rostrituerto, medio gago, de una timidez que rayaba en lo patológico, pero lo más buena gente; Paola, una cuzqueña de largas trenzas, muy avispada y parlanchina y bastante buscabullas; Elvin, un dominicano cuarentón, muy lengüetero y lambeojos, futbolista fracasado, para quien el culmen de toda sabiduría se resumía en el Zodiaco; y José María, cincuentón, nacido en Salamanca –hombre de difícil trato, pues siempre quería llevar la voz cantante–, sacerdote católico en su mocedad, años después convertido al protestantismo en Inglaterra, y por último, budista Zen, de los que creen que la letra, con sangre, entra.

Nuestra misión consistía en traducir –con la ayuda de varios diccionarios, enciclopedias y lexicones– dos textos seminales: la *History, Development and Practics of Tantra Yoga*, de Sri Aurolin-

do, y el *Portrait of a Yogui*, la autobiografía del Sublime Maestro. Una vez traducido un equis número de páginas, Ofidia –que, a diferencia de la tontorrón de su hermana, poseía una extraordinaria inteligencia– refinaba el producto, dando los últimos retoques a los textos, antes de entregarlos a la imprenta.

En efecto, Ofidia era la mandamás de la Comisión de Traducciones. Pretenciosa, trapacera y buscapleitos, no desaprovechaba ocasión para humillar al pobre Cándido, hombre de pocas luces pero voluntarioso, quien, tímido y apocado como una niña, era incapaz de replicarle. En una ocasión que salí en su defensa, Ofidia, hecha un basilisco, se encaró conmigo, gritándome que quién me había creído que era, que me metiera en mis asuntos, porque de lo contrario tendría que reportarle al Maestro mi incompatibilidad para el trabajo de equipo, a ver si así me mandaban de nuevo a limpiar inodoros, que eso era lo que me merecía. ¡Me había ganado una enemiga feroz!

Leyendo los escritos del Maestro, llegué a familiarizarme no sólo con algunos aspectos de su pensamiento sino también con su vida y milagros. El Maestro, nacido en Port-of-Spain, Trinidad, era hijo de emigrantes hindúes, descendientes de esclavos de las plantaciones azucareras, llevados a la isla a mediados del siglo diecinueve. Su padre, hijo de esclavos libertos, había logrado amasar una considerable fortuna gracias a unas oportunas inversiones en compañías de petróleo y gracias también –decían algunos– a la benéfica influencia de la diosa Ercillie, con quien –se sospechaba– había sellado un demoníaco pacto de amor. Al cumplir los veinte años, el Maestro, educado con el esmero de un príncipe, había sido pasaportado por su padre a la Oxford University, para que estudiara jurisprudencia, estudios que pronto abandonaría por las lenguas clásicas y orientales y la historia de las religiones, para disgusto de su progenitor, que

soñaba con un hijo abogado, digno heredero de su vasta hacienda. De una inteligencia y memoria sobrenaturales, el Maestro se había doctorado en Lenguas Clásicas y Orientales –con especialización en sánscrito– en menos de tres años, aunque había quien afirmaba que jamás llegó a recibir diploma alguno. A los veinticuatro años, el Maestro viajó por primera vez a la India, por cuyos confines –del Nepal al Punjab– anduvo de peregrino andante, sin equipaje ni sirvientes, descalzo, barbudo, quemado por el sol, como lo muestran las fotografías de aquella época. En la India estudió Yoga y disciplinas afines con varios gurús de reconocido prestigio, y llegó a recibir el título de Mahatma Chandra Bala Guruji, nada menos que en el cónclave del Khumba Mela, en los Himalayas, y de manos de Sri Aurolindo, quien iba a ser su maestro y guía espiritual en el ashram de Pondicherry. Con Sri Aurolindo permaneció casi diez años, hasta la muerte –si es que los santos mueren– de su Bienaventurado Maestro, quien poco antes de dar el último suspiro le había encomendado, bajo juramento, la misión de diseminar por Occidente, y muy particularmente por las Américas, las doctrinas de la Sagrada Tradición Iniciática.

Antes de abandonar la India –cuenta el Maestro en su autobiografía–, hizo una última peregrinación al Tibet. Allí –en el techo del mundo–, y después de haber ayunado y meditado durante cuarenta y un días y cuarenta y una noches en la remota soledad de aquellas nevadas montañas, había alcanzado por fin la liberación, el Samadhi.

De la India, el Maestro –desheredado por su padre, incapaz de comprender que su primogénito despreciara el poder y el dinero por una vida de pobreza y castidad– se trasladó a Nueva York, donde fundó su primer ashram, The Holy Cause, en un desangelado sótano de la calle 14, que pronto se vio concurrido por una devota feligresía. En San Francisco, donde también ha-

bía instaurado un ashram, el Golden Gate, asistió con desmayo a la banalización y tergiversación de sus principios en aquella atmósfera efervescente de los hippies, por entonces en todo su apogeo. Al parecer, hubo escándalo de drogas y sexo, y el ashram tuvo que echar el cerrojo a sus doradas puertas. En sus *Memorias*, el Maestre trata este escabroso asunto, pero muy a vuelapluma.

De San Francisco, el Maestre se dirigió a Venezuela. En la Pequeña Venecia las cosas le fueron mucho mejor: allí fundó un magnífico ashram, el Maracai, que serviría de ensayo y prueba para el que habría de fundar después en Puerto Rico, El Caimán.

Decían las malas lenguas que el ashram de El Caimán había podido construirse gracias a los dólares de una tal Miss Hutton, una millonaria y excéntrica cincuentona americana, ajada por el alcohol y los sedantes, que había conocido al Maestre en San Francisco, se había encaprichado con él y lo había perseguido de sol a sombra hasta Puerto Rico. También aseguraban las malas lenguas que una noche, a poco de haberse inaugurado el ashram, la Miss Hutton, en cueros y más borracha que Noé, se había adentrado en el mar para darse un remojón y se había ahogado. ¿A quién creer?

Anécdotas aparte, era innegable que la vida del Maestre en el ashram era poco menos que ejemplar. Su único alimento consistía —como Pitágoras— en batidos de mango, nueces y un mendrugo de pan integral. Pese a su edad, el Maestre era un atleta fenomenal. Solía zambullirse en las aguas del Caribe y, nadando como un tritón, desaparecía en el horizonte, no emergiendo hasta varias horas después, el cuerpo recubierto de algas y los ojos aun más verdes y fulgurantes. ¡Y había que verlo realizar las asanas, algunas tan arduas y peliagudas como el Árbol y la Cobra! ¡Y no digamos el control que ejercía sobre sus abdominales, el uddiyana! El Maestre jamás perdía la calma, el dominio de sí mismo. Predicaba, ante todo,

el amor y la tolerancia. Cuando una vez me quejé de las amenazas de Ofidia, me dijo: “Mi’jita, aprende a perdonar, porque todos estamos en la tierra para perfeccionarnos; atacándonos los unos a los otros sólo nos hacemos daño a nosotros mismos. En vez de enjuiciar con esa severidad a quienes nos parecen malos, ¿no es más provechoso que tratemos de ayudarlos en sus limitaciones? Recuerda: el que siembra vientos, recogerá tempestades”. El Maestre era la personificación del Amor, ejemplo reencarnado y viviente de la Sagrada Tradición Iniciática.

A lo largo de aquel año fui testigo en el ashram de numerosas curaciones realizadas por el Sublime Maestre. De todos los rincones de la isla y hasta del extranjero acudían a él, desahuciadas por la medicina oficial, personas de todas las clases sociales, desde opulentos ricachones hasta pobres jíbaros descamisados. El Maestre, que huía de la publicidad como de la peste, no quería que se le idolatrara como si fuese una estrella de cine o un vulgar mago, así que procuraba que las curaciones se llevaran a cabo en privado, para que no trascendieran.

Una vez, a poco de mi llegada al ashram, presencié la milagrosa —¡sí, milagrosa!— curación de Patti, la hija de un banquero de Wall Street, a quien los mejores oncólogos de Houston habían diagnosticado una leucemia galopante, augurándole menos de un año de vida. Patti se postró a los pies del Maestre, y entre sollozos que partían el alma, le dijo: “Maestre, tengo solo diecinueve años; yo no me quiero morir. Usted, sólo usted, puede sanarme”. El Maestre la atrajo hacia su pecho y, abrazándola con ternura, le contestó: “Tú no te vas a morir, mi’jita, porque yo, con la ayuda de Dios, voy a curarte”. Así fue. Para asombro y admiración de los doctores, la leucemia entró en remisión, hasta desaparecer definitivamente, sin dejar rastros ni secuelas. Desde el momento de su curación, la buena de Patti, más sana que una manzana, seguía al Maestre como un perrillo

faldero: lo reverenciaba como al mismo Dios. Se rumoreaba que el padre de Patti, en señal de agradecimiento, había donado al ashram un millón de dólares.

Otra curación que me impresionó mucho fue la de Irene, una joven jamaicana, aquejada de cáncer de útero, inoperable. El Maestre le mandó que se diera baños de arena en la playa y que durante tres meses se alimentara sólo de una cocción de mapurite que él mismo le preparaba. A los tres meses, Irene se encontraba totalmente restablecida. Creo que el Maestre la envió después a propagar su doctrina por las Islas Vírgenes.

¡Y qué decir de Lorencito, un niño de Ponce, achicharrado al incendiarse la casa en que vivía! Pese a la gravedad de su estado, el niño sobrevivió. El Maestre le recetó unos ungüentos y pócimas, que, para maravilla de todos, restañaban las horrendas quemaduras.

Una vez se presentó en el ashram un pobre jíbaro, cuya hija, aun adolescente, acababa de morir de una peritonitis aguda en un hospital de Ponce. “Quédate tranquilo, buen hombre, que tu hija no ha muerto. Regresa al hospital, que ella te está esperando. Aquella misma noche cundió noticia del milagro: cuando el hombre llegó al hospital, su hija, como si jamás hubiera estado enferma, lo aguardaba con los brazos abiertos.

A los pocos meses de mi estancia en el ashram, el Maestre volvió a llamarme, esta vez, a su sanctasanctorum. Nerviosa, expectante, ilusionada, llamé con la aldaba de la puerta —una dorada cabeza de caimán— de aquel singular templete y aguardé. Volví a llamar, y como nadie respondiera, me atreví a empujar la pesada puerta y penetré en la penumbra del santuario. Miré a mi alrededor, acostumbrando poco a poco los ojos a la oscuridad del lugar, pero no vi a nadie. Un altarcito dedicado a la diosa Kali presidía el recinto circular. La diosa estaba parada

sobre el cuerpo yacente de Shiva, su consorte. Una guirnalda de calaveras sonrientes engalanaba su grácil cuello, y de su esbelta cintura emergían cuatro brazos tomeados. De uno de los brazos colgaba la cabeza chorreante de sangre de la víctima; con el otro, la diosa blandía un descomunal espadón. De pronto, una voz retumbó a mis espaldas: “¡Bienvenida, Camila Candelaria!” Me estremecí de puro miedo. El Sublime Maestro, acomodado sobre un estradillo a la diestra del altar, me advirtió: “‘Si ves algo bello, no te aferres a ello; si ves algo horrible no retrocedas ante ello’, dice el consejo tántrico. Así que no te asustes, Camilita; para la mayoría de la gente, Kali es una diosa terrible, destructora, pero en realidad es una divinidad benigna, una madre amorosa. Fíjate en los otros brazos también: con una mano bendice y con la otra calma el miedo de sus hijos. Miedo como el que ahora te atenaza, miedo que no es sino hijo de la ignorancia y la mediocridad”. El Maestro poseía, no me cabe la menor duda, el don de la clarividencia. Había leído, desnudándolos, mis pensamientos más recónditos. Me sentía como el insecto que, atrapado en la pegajosa red de babas de una araña, se resigna, horrorizado y gozoso, a que ésta le sorba los jugos de la vida.

El Maestro me hizo una seña, invitándome a que me sentara junto a él, sobre una damasquina carmesí. En primer lugar, me felicitó por mi diligente trabajo en la Comisión de Traducciones; y luego, con una inefable sonrisa, me preguntó si estaba contenta en El Caimán. Yo le fui franca —¿cómo hubiera podido engañarle?—, y le contesté que aunque me sentía muy feliz en el ashram, donde tanto había aprendido, me deprimía pensar que el camino que aún me quedaba por recorrer hasta alcanzar el anhelado Nirvana era muy largo, y no estaba del todo segura de que las prácticas yóguicas, la meditación y el estudio de La Tradición Iniciática me condujeran algún día a

él. El Maestro, que esta vez me había escuchado con la mayor atención del mundo, con una beatífica sonrisa en sus labios gordezuelos, me dijo: “No se me oculta, Camila, el estado de duda, de perplejidad, en que te hallas. Hasta este momento me abstuve de intervenir personalmente en tus asuntos porque deseaba que fueras tú misma quien aprendiera a orientarse en ese laberinto que es la vida del espíritu, laberinto del que muy pocos consiguen salir triunfantes. Desde hoy yo seré tu único guía, tu único maestro. Sólo un gurú como yo puede y debe iniciar a un shelah como tú en los secretos del espíritu. Como discípula mía, habrás de jurarme vajrayana, obediencia ciega, y en todo momento deberás estar dispuesta a dar tu vida por mí, no una sino cien veces si fuera necesario. No lo olvides, Camila: el gurú es un dios y como un dios debe ser obedecido y venerado. En compensación, te impregnarás de mi sabiduría y de mi gracia purificadora. ¿Qué tienes que decir, Camilita?” Con el corazón inflamado de orgullo y de fervor, le contesté: “Sí, Maestro, estoy dispuesta a obedecerle como una esclava porque no hay en el mundo nada que yo desee más que alcanzar ese grado de pureza, de lucidez, de conocimiento, de sabiduría”. El Maestro volvió a sonreír, y con su mano, entre aldeana y señorial, me acarició suavemente el rostro: mi cuerpo tembló como una hoja sacudida por el viento. El Maestro, suspirando hondamente, exclamó: “¡Bravo, Camilita, así me gusta! Sabía que reaccionarías como los dioses mandan. Ahora no dudo que la Sagrada Providencia te ha conducido hasta El Caimán para que recibas de mí las más altas enseñanzas, para que te beneficies, tú solita, de la luz de mi sapiencia.

Haz de saber, Camila, que el ser humano ha llegado a su estado actual después de un largo proceso de crecimiento evolutivo. Sin embargo, y aunque no lo parezca, la humanidad está todavía, como quien dice, en pañales. Hombres y mujeres debe-

rían crecer en espíritu hasta lograr la conciencia perfecta, tanto la individual como la colectiva. No obstante —y este punto es cardinal!—, ninguna evolución es posible a menos que uno no descienda primero a estados primordiales, hijos de la tierra y el limo. El mundo es una manifestación del Espíritu Eterno, que se creó a sí mismo, del mismo modo que una araña teje su telar. ¿Comprendes?” Yo, aunque no había comprendido del todo, por que no me tomara por tonta y para estar a la altura de las circunstancias, saliéndome un poco por la tangente, le respondí: “Pero Maestre, entiendo que el Hatha Yoga nos prepara para combates mayores, porque el cuerpo —según afirma Sri Aurolindo— es como un instrumento musical, y debe estar bien afinado para que la música que interpretemos en forma de actos, de pensamientos, resulte armoniosa. Ahora bien, eso de la meditación, de poner la mente en blanco, no sé si me convence del todo. ¿Por qué esforzarse en romper el mecanismo normal del cerebro, que funciona a base de asociaciones, de analogías...?” “Ya, ya sé, Camila —me replicó el Maestre, en tono displicente y un tanto contrariado por mi observación—, que la meditación no es tu punto fuerte. Y es que te distraes con el zumbido de un zancudo. Pues es precisamente en esa disciplina en la que deberás perseverar con más ahínco: ya verás cómo pronto dejarás de ser prisionera de tus propios pensamientos, dislocados y frívolos. La meditación es como un refugio en el mar de las ansiedades. En esencia, la meditación consiste en establecer sistemáticamente nuevos hábitos de atención. Cuando medites, debes convertirte en testigo imparcial de tus pensamientos, fantasías, impulsos, recuerdos, sensaciones; debes convertirte en espectadora del fluir de tu propia conciencia. Así, podrás retrotraer la secuencia que va del miedo a tu desesperanza. Y a medida que avances en el proceso meditativo, consiguiendo más y más concentración y ecuanimidad, notarás cómo se apodera de ti la euforia, como una

ola molecular de beatitud. La meditación, la samatha-vipassana –entérate de una vez, Camila–, es el vehículo ideal para alcanzar una triple liberación: de las necesidades fisiológicas, de la tiranía de la conciencia y, lo que es aun más importante, del férreo y tiránico control que la lógica, castrante y mutiladora, ejerce en nuestra mente. Si la sabiduría purifica el intelecto, la meditación purifica el alma”. “Pero Maestre –me atreví a preguntar–, ¿y cómo voy a conseguir yo, que, después de todo, no soy más que una simple neófita, ese dominio físico y mental?” “¡Con un mantra, Camila –me respondió, sin vacilar–, con un mantra que habrás de repetir sin descanso, día y noche, durante la vigilia y durante el sueño, un mantra que habrás de grabarte hasta en los tuétanos del alma! Y ahora, Camila Candelaria, repite conmigo; repite estas palabras sagradas, secretas: ¡OH AH HUM VAJRA GURU PADMA SIDDHI HUM!” “¡OH AH HUM VAJRA GURU PADMA SIDDHI HUM!””, repetí yo, hechizada por el cadencioso ritmo del mantra. Y ya iba a preguntarle por el significado de aquellas misteriosas palabras, crípticas como una sentencia délfica, cuando el Maestre, atrayéndome hacia sí, me besó ligeramente la mejilla. “Bien, bien, Camilita –me susurró–, volveremos a platicar de nuevo dentro de unos días. Mientras tanto, no dejes de hacer cuanto te he dicho. Y no lo olvides: mis enseñanzas constituyen un secreto inviolable e intransferible; son para ti, para ti solita. Y ahora, déjame solo”. Salí del santuario del Maestre casi levitando, tan ingrávida y flotante me sentía.

Desde el día de mi primera “lección” privada con el Maestre, noté que algunos hermanos y hermanas del ashram me trataban de forma diferente, con más respeto y consideración; incluso algunos que jamás me habían dirigido la palabra, me ofrecían, solícitos, sus servicios. Después de todo –me dije–, ¿no era yo la nueva discípula predilecta del Maestre, su elegida? Ofidia y Otilia, suaves

como guantes de gamuza, me mostraban ahora gran deferencia, aunque punteada por sonrisillas y gestos entre pícaros e irónicos.

Por lo que a mí respecta, seguí a pies juntillas las instrucciones del Maestro: ¡el destino sólo toca en la puerta una vez! Durante mis meditaciones procuraba espantar las musarañas de mi mente con la repetición hipnótica del mantra. Las palabras del Maestro me acariciaban los oídos; volvía a sentir en mi mejilla sus labios ardientes y mi cuerpo volvía a estremecerse con un delicioso temblor, abandonado a una dulce y reconfortante embriaguez. He de confesar que aunque ya me había abstenido de cualquier contacto sexual desde que llegué al ashram, de vez en cuando me venían, en contra de mi voluntad, pensamientos y recuerdos que excitaban mi imaginación y mis sentidos. ¡Y qué decir de mis sueños? Una noche soñé que me había perdido en un frondoso bosque y que, de pronto, de la maleza lujuriente surgía la Madre Maleva y de un machetazo me decapitaba, me despedazaba y arrojaba mi carne troceada a las fauces de un dragón bicéfalo que, precipitándose sobre mis descuartizados miembros, comenzaba a devorarlos. Pero en aquel momento, a lomos de un caballo blanco, aparecía el Sublime Maestro, y, enarbolando una recia lanza a modo de ariete, atravesaba de parte a parte al terrorífico dragón, al tiempo que Maleva ponía pies en polvorosa y yo recuperaba mi desmembrado cuerpo. Entonces, el Maestro me arrebató del suelo y, montándome en la grupa de su caballo, me llevaba hasta un claro del bosque, donde me hacía suya, mientras yo entonaba una y mil veces el abretesésamo de mi mantra y los pajarillos de harpadas lenguas trinaban jubilosos festejando nuestra unión.

Cuando en nuestra siguiente entrevista –sostenida también en su sanctasantórum– le revelé al Maestro aquella funambulesca fábula, mi gurú, soltando una sonora carcajada que me des-

concertó, me dijo: “Camilita, hija, vas por buen camino; en tu sueño se cifra alegóricamente la realidad que se avecina, pero no temas: lo mismo que te salvé en tu sueño, te salvaré en la vigilia”. Y dicho esto, el Maestro, tomándome por los hombros, me besó largamente en los labios. Por unos instantes, fui incapaz de reaccionar, pero por fin logré separarme de él. El Maestro, visiblemente contrariado por mi esquivaza, me dijo: “Sé lo que estás pensando, Camilita, tontuela, y no es lo que te imaginas: ese beso forma también parte de mis enseñanzas”. Y como yo pusiera cara de incrédula, agregó: “Debes comprender que yo no soy como los demás hombres, que mi código de conducta no puede someterse a las leyes que sirven para los simples mortales, pero no para mí, que poseo una naturaleza divina. Yo, para que te enteres, Camilia Candelaria, estoy más allá de los hombres, de sus estrechas y represivas moralidades, que sólo engendran paralizantes complejos de culpa. Vivo en el mundo, pero no pertenezco a él. Gozo simultáneamente de una naturaleza humana y divina, y como hombre y como diosdado penetrante, poseo poderes inaccesibles al resto de los mortales. También tú gozarás de todos los placeres; tocarás todo como el viento, como el éter; penetrarás en todo; te bañarás en el río perpetuo; y siempre, siempre, seguirás siendo pura. Si de veras lo deseas, también tú conseguirás esos poderes con los que dominarte a ti misma y al mundo que te rodea: poderes que, liberándote del nefasto efecto del karma, te permitirán conocer el pasado y el futuro; poderes para comprender todas las lenguas, incluso las de los animales; poderes para potenciar a voluntad las sensaciones sensoriales y la percepción del espacio y el tiempo; poderes para caminar sobre las aguas, para volar por las galaxias siderales, para desnucleizar el átomo. Y, sobre todo, poderes que habrán de proporcionarte el máximo regalo: el de la inmortalidad, Camila, ¡la in-mor-ta-li-dad! ¿Quieres o no quieres ser inmortal, Camila

Candelaria?”. ¡Cómo no iba a querer yo! ¡Qué estúpida había sido malinterpretando su recta y altruista conducta! El Maestre volvió a besarme. Esta vez no opuse resistencia.

Luego, el Maestre, apartándose de sí, se levantó, se acercó al altarcillo de Kali y encendió unas varillas de incienso. Desde el altar, el Maestre semejava un augusto sacerdote, un demiurgo, un dios. Ganas me dieron de arrojarme a sus pies y lamérselos como un perrillo. El Maestre volvió a sentarse a mi vera. Yo cerré los ojos, aguardando de nuevo el fuego de su boca. Pero el Maestre no me besó. “Tienes mucho, mucho que aprender, Camila”, me dijo –yo no estaba segura si se refería a la pobreza de mi estado mental o a mi modo de besar–. Entonces, estrechó mis manos entre las suyas y continuó, diciendo: “Atiende, Camila, que lo que voy a explicarte es vital para tu ulterior desarrollo psicofísico y espiritual. Camila, tu sueño simboliza el despertar del fuego kundalínico, la serpiente que duerme en tu seno y ha comenzado a desperezarse, a desenroscarse”. Como yo hiciera un mohín de extrañeza, el Maestre arqueó sus espesas cejas blanquecinas y, llevándose el índice a los labios para que yo no abriera los míos, prosiguió: “No, no te extrañe, Camilita, niña, poco a poco lo irás entendiendo. Haz de saber que, según el tantrismo tibetano –de donde bebe nuestra Sagrada Tradición Iniciática–, a lo largo de nuestra columna vertebral se hallan los llamados chacras, siete centros nervofluídicos, balizas identificadoras donde se engendran todos los cambios psicológicos, desde el poder de la mente hasta los sentimientos y la voluntad. Kundalini, la serpiente, enroscada en el Muladhara, en la raíz misma de tu espina dorsal, agazapada entre tu sexo y tu ano, alertada por la intensidad de tus ejercicios yóguicos, por el metralleo del mantra, por el incipiente control pránico, se prepara para ascender por cada uno de los chacras, rumbo a tu nirvana total. Si persistes en tus disciplinas –y accedes a

mis deseos—, Kundalini no te defraudará: aculebrinada, erecta y siseante, morderá, despertándolos, cada uno de tus chacras. Comenzará su ascensión por el Svadhithana —barbollando en la redoma de tu sexo—, presidido por Vishnú, regidor de las fuerzas del Universo, capaz de iluminar por sí solo al iniciado, cuando éste o ésta, reconciliándose con su propio eros, se entrega, alegre y confiado a su gurú; áspid indomable, reptará por el Manipura —en pleno plexo solar—, donde anidan las emociones y los sentimientos; pasará por el Anahata —sobre el corazón—, eje del espacio y el tiempo; seguirá por el Visuddha —en la garganta—, donde residen la creatividad y la energía artísticas; llegará al Ajña —en el entrecejo—, chacra que controla la voluntad, la visión y las formaciones mentales; y, por último, alcanzará el Sahasrara —en la corona de la cabeza—, loto de los mil pétalos, reino de Sakti y Shiva, donde tú y yo, Camila, conducidos por Kundalini, acabaremos fundiéndonos en uno, para que puedas, de ese modo, acceder al Mahabindu: a la Iluminación, a la comunicación inmediata con el Ser Absoluto, Supracósmico y Trascendental. Entonces, Camila, sólo entonces, habrás alcanzado la IN-MOR-TA-LI-DAD”.

Durante todo un mes me esforcé —creo que consiguiéndolo— en hacer todo cuanto el Maestro me había aconsejado. Las asanas eran ya cosa de coser y cantar; y al meditar, aunque a veces se me iba el santo al cielo, mi concentración era casi absoluta. Había descubierto por fin el verdadero camino, la auténtica vía hacia la unión mística con Dios. ¿Quién se hubiera imaginado que en tan sólo unos meses mi vida habría de experimentar una transformación tan radical?

Poco tiempo después, estaba yo una tarde en la biblioteca —bregando como siempre con el busilis de la traducción—, cuando se me acercó la Madre Maleva, y con cara de pocos

amigos me comunicó que el Maestro me estaba esperando en el Templo. Sin demorarme un segundo –y haciendo caso omiso al bisbiseo de mis colegas– acudí a la llamada de mi gurú. El Maestro estaba junto a la fuente de abluciones, a la entrada del Templo. Al verme, sonrió; me hizo un gesto para que lo siguiera y se encaminó hacia la playa.

Apenas corría un leve soplo de brisa. La atmósfera era agobiante, bochornosa. Una extraña calma parecía haberse adueñado de todo. Las gaviotas planeaban silenciosas sobre un mar de plomo. En la lontananza, más allá de Punta Ballena, aborregados nubarrones grises presagiaban la tormenta. Al llegar a la playa, el Maestro se descalzó; lo imité, y seguimos caminando en silencio por la orilla del mar. “Camila –hablé por fin el Maestro–, estoy admirado de tus progresos, tanto que he decidido seguir la voz de mi experiencia: ésta será la noche de tu iniciación”. “Maestro –le respondí con humildad–, la verdad es que no sé si estoy preparada para ello”. El Maestro parecía no haberme oído. Siguió andando y jugueteando con las olitas que venían a morir a sus pies. Al poco rato, habló de nuevo: “Camila, tú, como mujer –concha venusina al fin–, eres reflejo de Sakti, principio eterno femenino del Universo, maternal y pasivo; yo, en cambio, como hombre –Neptuno prepotente–, soy reflejo de Shiva, principio eterno masculino, activo y paternal. Por eso, tú y yo –Yin y Yang– somos parte de un drama que se nos impone y en el que debemos actuar con naturalidad, sin torpes inhibiciones ni falsos pudores”. “Pero Maestro –me atreví a insinuar, intuyendo lo que escondían sus palabras–, yo siempre había creído que la castidad era esencial en el camino hacia la liberación, que había que sublimar la energía sexual, si se aspiraba a cosechar mayores frutos de índole espiritual”. El Maestro, en un tono entre despechado y conminatorio, me aclaró: “Camila, la castidad absoluta no existe, y aquellos que se empeñan en prac-

ticarla acaban locos o trastornados, secos como sarmientos al sol. Pero no me malinterpretes, mi jita: no se trata de revolcarse como si fuéramos cerdos o monos. Sólo en ocasiones muy especiales deben el hombre y la mujer unirse en la sagrada cópula; desperdiciar esa energía sexual a la que aludes es un tremendo error porque con esa energía, bien canalizada, se puede alcanzar hasta la autoconsciencia cósmica, el Vajrayana. El sexo, fuente vital capaz de transformar al ser humano y al mundo, es, en sí, di-vi-no. Una experiencia erótica profunda libera la conciencia tanto o más que una experiencia puramente mental. Durante el coito, ambos amantes –trascendiendo las propias limitaciones del ser, del ego– se convierten en Uno. Tu caso personal, Camilita, me parece obvio: lo que te ata, atormentándote día y noche, no es otra cosa que el sexo femenino insatisfecho, la imperiosa y acuciante necesidad de sentirte poseída, completada, divinizada por el Macho. Camilita, mi dulce niña, la solución no puede ser más sencilla: en vez de pasarte la vida huyendo del hombre, entrégate a él; utilízalo, porque sólo él posee la capacidad para elevarte hasta el Nirvana, hasta el Samadhi. Recuerda que del mismo modo que una espina puede ser sacada por otra espina, aquellos que viven atosigados por la pasión pueden liberarse de ella por la pasión misma. No, no pongas esa cara, que no soy machista ni misógino: yo te necesito a ti tanto como tú a mí. Si yo simbolizo el conocimiento, tú, mi hieródula, encarnas la intuición: la síntesis de ambos conforma el Ideal. ¿Por qué tú y yo no podemos aspirar a conseguir ese Ideal en el misterio único y mágico del amor? Nuestra unión será solo el reflejo de la unión entre las dos fuerzas que rigen el Universo”. “Querido Maestro –dije al fin, subyugada por sus palabras y la noble convicción de sus asertos–, no sabe cómo me enorgullece y halaga que se haya dignado poner sus ojos en mí, que tan poquito valgo. Intentaré estar a la altura de las circunstancias”. “Camila –respondió el

Maestre, cogiéndome de la mano e iniciando el regreso hacia el ashram—, debes tener confianza en ti misma, pero sobre todo debes tenerla en mí, en tu maestro, tu guía, tu swami, tu gurú, a quien juraste —¡no lo olvides! — obediencia ciega. Abandona de una vez los falsos valores por los que te has regido hasta ahora y los estrechos parámetros morales que aún encarcelan tu corazón y tu mente. Suelta amarras y navega conmigo por el negro mar de esta noche caribeña. Ábrete, Camilita, ábrete a una nueva realidad, más alta, más completa, más perfecta”. Rompí a sollozar, tal era la emoción que me embargaba. El Maestre me secó las lágrimas con la manga de su túnica y, abrazándome, declaró: “Todo es sagrado, Camila, desde la oración hasta la defecación”.

Se había hecho de noche. El silencio más absoluto reinaba en el ashram. Se había levantado un fuerte viento, que venía impregnado de un dulce olor a guanábanas maduras y del perfume aceitoso de las guayabas. Comenzaron a caer gruesos goterones. Se avecinaba una tormenta. Al cruzar el puentecillo por el que se accedía al sanctasantórum, el Maestre me ciñó del talle y me besó levemente en el cuello: me estremecí ante la inminencia de la entrega. Ya en el santuario, el Maestre me invitó a sentarme entre aquella balumba de almohadones y cojines, encendió unas velas y unas varillas de incienso a la diosa Kali y desapareció tras las cortinillas del fondo, que, inconspicuas, separaban la estancia principal de la cocina y el baño. Entonces, por primera vez, me fijé en las pinturas que decoraban la cúpula del templo: morenas ninfas desnudas, de empezonados senos de mango y nalgas de calabaza, copulaban, sin ostentación ni vergüenza, con feroces dragones de ojos verdosos y fauces llameantes. “Son figuras simbólicas, Camila —aseveró el Maestre, reapareciendo con un cáliz dorado en sus manos—, símbolos de la vía unitiva, mítica, utópica. Así hay que considerarlas”. El Maestre se sentó junto a mí, alzó el cáliz —semejante a un sumo sacerdote— y, balbuciendo

unas palabras que no comprendí, se la llevó a los labios y bebió. “Y ahora tú, Camila; bebe, bebe sin miedo y apura hasta la última gota de este precioso ypreciado licor: es el tantra-bhang, una cocción de raíces y yerbas, cuya fórmula secreta sólo los iniciados conocemos”.

Tan pronto como hube bebido —¡hasta la última gota!— aquel líquido oleaginoso y amargo, sentí que la realidad de mi entorno comenzaba a revelármese desde otros ángulos, que mi consciencia se expandía y navegaba ad libitum por las paredes del santuario, revestidas de dibujos y mandalas tibetanos; por la bóveda, tálamo circular o campo de batalla poblado de fornicantes ninfas y quiméricos dragones; por la claraboya, donde repiqueteaba la lluvia; por el denso y enervador aroma del incienso; por el viento, ronco rumor, entre los palmerales, gemebundo como algún animal cautivo o vulnerado. Por primera vez en mi vida me sentía realmente viva, pletórica de energías. Pero, al mismo tiempo, la quietud y el sepulcral silencio que nos rodeaban me sobrecogían. Un cierto miedo, una leve angustia ante lo desconocido se anudaban en mi garganta. Mi ser se descomponía, sin que yo pudiera —ni quisiera— detener el total desvanecimiento de las diferentes —y contradictorias— personalidades que a lo largo de mi vida había ido presentando a los demás. Me hallaba indefensa frente a la inexorable disolución de cuanto concepto abstracto había encubierto hasta ese momento el gran vacío de mi conciencia. Entonces, abandonándome en el regazo de mi Sublime Maestre, lloré y lloré, hasta que no me quedaron lágrimas.

Después, el Maestre me abrazó con gran ternura y con ceremonial parsimonia me fue desnudando. Cerré los ojos. Creo que me desvanecí. En mis sueños me vi a horcajadas sobre el Maestre, quien en la posición del loto —como un priápico icono tibetano— ensartaba su enhiesta y serpentina méntula en el

caldoso y palpitante yoni femenino, mientras a los pies del altar a Kali, Ofidia tañía la sitar, Otilia tamborileaba en la tabla, y la Madre Maleva, dando palmas, marcaba el cadencioso compás copulativo.

Poseída por un creciente fuego interior, abrasador y enajenante, permanecí —¡sabe Dios por cuánto tiempo!— trabada a mi querido Maestro, hasta que, al fin, una alborotosa corriente de lava ardiente, como un ciclón rotativo, arrasó mis entrañas, inundando mi sexo, mi vientre, mis senos, mi garganta, mi boca, mi frente, mi cerebro. Oí un repicar alegre de campanas. Una mano invisible decorrió las oscuras cortinas de mis ojos, y una luz radiante me deslumbró: en el Universo Infinito, un gigantesco y fulgurante triángulo de plata iluminaba incesantemente a otros universos infinitos.

Cuando volví en mí, ya amanecía. Del Maestro no se veía ni rastro. Venciendo la languidez que se había apoderado de mis miembros, me puse la túnica y salí al jardín. A lo lejos se oían los aleteos de las garzas sobre los manglares y el mar. El Maestro estaba junto a la alberca, arrojando pececillos plateados a los caimanes. Cuando me acerqué a él, con una mirada distante y pensativa, me dijo: “Camila, ya nada ni nadie podrá separarnos. Nuestro rito nocturno sólo podrá repetirse en muy contadas ocasiones, cuando los hados nos sean propicios. Por ahora, y para que no seamos víctimas de la maledicencia y la calumnia —hijas del despecho y de la envidia—, conviene que sigas viviendo en el pabellón de mujeres y que únicamente acudas a mí cuando yo te llame”. Fui a besarlo, pero me rechazó con un mohín de disgusto; me dio la espalda y continuó lanzando peces a sus amados saurios.

Esa misma noche, estaba ya dormida en mi hamaca, cuando alguien me sacudió por los hombros y sentí en el cuello el acerado filo de un machete. “¡Levántate, mala pécora, víste-

te, recoge tus bártulos y síguenos sin rechistar, si no quieres que te rebañe ese lindo pescuezo con este facón!” No lo podía creer: era la Madre Maleva, acompañada por Ofidia y Otilia, como dos siniestros guardaespaldas. Estuve a punto de gritar, pero obedecí la orden sin despegar los labios. Rebelarme contra aquel abuso no me hubiera servido de nada. Recogí mis cuatro cachivaches y salí escoltada por las arpías. Tan pronto como salimos del pabellón, la Madre Maleva, dándome un empujón, me recriminó: “Imagino que estarás contenta, ¿no? Ya tenés lo que buscabas. ¡Pero eso se acabó, desvergonzada!” “¿A qué se refiere?”, me defendí yo, sin comprender aún el sentido que ocultaban sus palabras. “¡Lo sabes muy bien, mosquita muerta!””, terció Ofidia, escupiendo veneno. “¡Has seducido al Maestro para usurpar el poder de la Madre Maleva y dominarnos a todos!” Iba a replicarle, pero Otilia me dio una bofetada, increpándome: “Antes de que tú vinieras, condenada buscona, el Maestro nos había distinguido a nosotras, a nosotras solitas, pero desde que tú llegaste, ya no nos quiere ni ver. ¡Maldita, maldita, maldita!” “Pero están locas –me defendí–, ¿qué culpa tengo yo...?” La Madre Maleva no me dejó terminar la frase: me pegó un rodillazo en las ingles, y caí al suelo; entonces, poniéndome la punta del machete en la garganta, me dijo: “Y que conste, perdona, que no se trata de mí, que aborrezco a los hombres, sino de mis niñas bonitas; así que, ahora mismo, guaracha de mierda, te vienes con nosotras a Ponce, y mañana, en el primer avión, te vas para los nuevayores, de donde no deberías haber salido nunca, redomada putaña”.

A duras penas, me incorporé, y me dejé conducir hasta las puertas del ashram. La Volkswagen nos esperaba. La Madre Maleva se puso al volante y a mí me obligaron a sentarme en el asiento trasero, entre Ofidia y Otilia. Durante el trayecto hasta Ponce,

nadie pronunció una palabra. Yo me iba diciendo a mí misma que una mujer sabe siempre cuando una rival —en mi caso, no una, sino dos—, despechada por su amante, está dispuesta a todo antes de resignarse a perderlo. Cuando llegamos al aeropuerto de Ponce, era ya de día. La Madre Maleva, tendiéndome un sobre, con los ojos veteados de sangre me dijo: “Ahí tenés plata para el viaje, para un viaje sin retorno, no lo olvides”. Como las gemelas me seguían a poca distancia, no tuve más remedio que acercarme al mostrador de la American Airlines y sacar un boleto para el vuelo a Nueva York, que salía en menos de una hora.

Y así terminó mi aventura en el ashram de El Caimán.

* * *

Nada más llegar a Nueva York, me presenté en casa de Luz Selenia. Cuando mi querida amiga me vio, se quedó de una pieza: me miraba y remiraba como queriendo descubrir alguna señal, algún indicio que explicara mi transformación. Cuando le conté —sin escatimar detalles, por escabrosos que fueran— todo lo que me había sucedido en el ashram, Luz Selenia me aseguró —tal vez por consolarme— que había hecho bien en salir de aquel nido de víboras porque no le cabía la menor duda que la tal Madre Maleva y sus secuaces habrían cumplido su amenaza. “Y del Maestre —apostilló—, ¿qué quieres que te diga? A mí me parece que por muchos milagros que hiciera, en el fondo no es más que un sinvergüenza que quería aprovecharse de ti”. Yo me resistía a aceptarlo así por las buenas, pero en mi fuero interno algo me decía que no le faltaba razón. De todos modos —me reconfortaba pensar—, mi estadía en el ashram no había sido en vano: aquella experiencia me había enriquecido enormemente.

Gracias a las diligencias de Luz Selenia, recuperé mi antiguo apartamento, y, con un préstamo a largo plazo que me hizo mi madre, volví a matricularme en Columbia, decidida a doctorarme en sociología, pues sólo me faltaban un par de cursos y la disertación. “Por lo menos –pensaba–, me desempeñaré como profesional, ya que, mucho temo, me voy a quedar para vestir santos”.

Pero escrito estaba en mi destino que yo no había nacido para vestir santos. En el semestre de primavera me apliqué en buscar a un profesor que accediera a dirigirme mi tesis doctoral. El jefe del departamento de sociología me recomendó al Dr. Mario di Paolo, reciente adquisición del departamento, intelectual de fuste y gran porvenir.

Mario era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de facciones regulares, aunque de escasa estatura y regordete. Vestía, eso sí, con una elegancia que a mí me pareció muy refinada. Me acuerdo que el día de nuestra primera entrevista, en su despacho de Columbia, lucía un impecable traje azul marino, de buena lana inglesa, camisa blanca de seda, corbata azul moteada de lunares blancos, pañuelo del mismo color, y zapatos italianos, negros, puntiagudos y rebrillantes. Su inglés, de dicción perfecta y sintaxis precisa, me impresionó. Mario hablaba como lo que era: un exitoso abogado, un elocuente profesor, un político en ciernes. Ya desde aquel primer encuentro –en el que discutimos sobre los posibles temas para mi tesis–, me atrajo el hombre. Era tan elegante, tan fino, tan educado. ¡Y además, soltero! Cualquier mujer se hubiera vuelto loca por él.

Y la atracción –comprobé en seguida– era mutua. Una noche, después de una ardua sesión de trabajo en la biblioteca de la universidad, Mario me invitó a cenar en el Dolce Far Niente, en Little Italy. En el restaurante, animado por el Bardolino, me habló de su vida. Nacido en Nápoles, había emigrado de muy niño a Nueva York con toda su familia. Después de algu-

nos años de dificultades económicas, su padre, sastre de profesión, había conseguido establecerse por su cuenta en Flushing, Queens. Si bien los beneficios de la sastrería no les habían enriquecido, al menos les habían proporcionado una vida digna a toda la familia; incluso a él, joven de talento y ambiciones, le había permitido estudiar en Saint John's University y en la School of Law de Columbia University, donde se había doctorado summa cum laude. Aunque había abierto un bufete en Wall Street y había aceptado impartir unos seminarios temporalmente en Columbia, sus miras estaban puestas en la política. Se había jurado a sí mismo llegar a ser algún día gobernador del estado o, en su defecto, alcalde de la ciudad. Me habló largo y tendido de sus padres –a quienes adoraba y agradecía cuánto habían hecho por él–, ya por aquel entonces jubilados en Florida. Tenía una hermana mayor, solterona, que vivía en White Plains, y un hermano, propietario y gerente de una funeraria en Staten Island –“my brother, the mortician”, decía, sonriendo con su dentadura perfecta de anuncio publicitario–.

Mario compartía con un viejo amigo un loft en el Village. Esa misma noche, y después que yo, a mi vez, saboreando el café espresso y los caneloni, le hiciera el recuento de mi vida, Mario, caballeroso y cortés, me acompañó en taxi hasta mi casa. Y cuando ya nos despedíamos, lo invité –no me pareció atrevido ni peligroso– a tomar un brandy en mi apartamento. ¿Habré de decir que aquella noche Mario no volvió a su estudio del Village? Y lo que tenía que pasar, pasó, aunque sin la pasión ni la imaginación que yo había supuesto en un hombre de su casta. Cumplía, y sanseacabó.

A las pocas semanas, Mario se presentó en mi casa con un anillo de compromiso y, sin darme tiempo para recuperarme de la impresión, se me declaró a bocajarro. No es que Mario fuera un galán de cine, pero era un hombre cariñoso, equilibrado,

culto, respetado en su profesión, con un halagüeño porvenir. Sí, podía hacerme feliz. Acepté, y al par de meses nos casamos.

Celebramos la boda en la Catedral de Saint Patrick y la recepción y el banquete en Tavern on the Green. Mi madre asistió, muy peripuesta ella, con su flamante, aunque apergaminado, esposo. Mami estaba encantada con Mario. No cabía en su pellejo viendo que su Camila, esa hija tan alocada y díscola, por fin había sentado cabeza, eligiendo no a un don nadie, no a un juanlanas sino “a un hombre de verdad –como le decía a quien quisiera oírla–, a un hombre con los pies en la tierra y sus buenos billetes verdes en el banco”. Los padres de Mario y su hermana vinieron de Florida, pero su hermano se excusó, diciendo que aquel fin de semana estaba abrumado de trabajo. “¿Habrá decidido la gente morir de pronto el día de mi boda?”, le pregunté a Mario, con sorna. También estuvo presente en mi boda mi queridísima amiga Luz Selenia, quien, al poco tiempo, regresaría definitivamente a Puerto Rico, donde se había comprado una casita y pensaba pasar el resto de sus días. Acudieron también otros amigos de la universidad, estudiantes y profesores, y muchos amigos de Mario, contactos de City Hall –algunos, conocidos míos–, varios abogados, políticos y dos o tres artistas de los círculos que Mario frecuentaba en el Village.

De viaje de luna de miel, Mario había sugerido Italia, pero yo, con arrumacos y ternezas, logré convencerlo para que fuéramos a México, país por el que siempre había sentido una gran fascinación. Me salí con la mía. Esa misma noche partimos hacia la capital azteca.

En México nos hospedamos en el Hotel Ritz, en la Calle Madero, muy cerquita del Zócalo, corazón de la ciudad. Al día siguiente –y después de una casta noche, pues, la verdad, estábamos agotados– nos lanzamos a la calle y, como buenos tu-

ristas –gafas ahumadas, cámara fotográfica y los indispensables planos y guías–, nos dispusimos a visitar la ciudad. A esa hora de la mañana, el Zócalo era ya un hormiguero humano. En el Zócalo parecían haberse dado cita todos los estamentos de la sociedad mexicana. A la sombra de los venerables muros de la Catedral, cruzados de brazos, se congregaban boleros, plomeros, electricistas, albañiles, carpinteros, chapuceros, a la espera del eventual cliente. Las indias, de vistosos sarapes y largas trenzas, vendían cacahuates y naranjas en las aceras. Pululaban los licenciados, los estudiantes, las amas de casa y los inevitables grupos de turistas con aire alorado. Enmarcaba este espectáculo una riada de automóviles –taxis, peseras, guaguas– que, envueltos en una densa humareda de gases, circunvalaban la plaza, para desembocar después por Corregidora, Madero, Montero, 5 de Mayo y 16 de Septiembre.

Tras visitar la soberbia Catedral –¡erigida sobre los cráneos machacados de miles de soldados y sacerdotes aztecas!–, recorrimos el Palacio Nacional, con los portentosos murales de Diego Rivera. A Mario le parecieron obras de un demente; a mí, me entusiasmaron. Ese día, como nos sentíamos aún muy cansados, regresamos pronto al hotel.

Al día siguiente, después de visitar el Museo de la Ciudad de México y el templo de Jesús Nazareno, almorzamos unos tacos y enchiladas en la vieja posada de El Viejo León y nos dirigimos en taxi a la Plaza de las Tres Culturas: la del México precolombino, representada por las ruinas aztecas; la del mundo colonial español, por la iglesia barroca, en cuyo seno, cerúleo e incorrupto, descansa, entre exvotos y crisantemos, el cuerpo del Beato Sebastián de Aparicio; y la del México actual, por los rascacielos y otros modernos edificios, a todas luces insuficientes e inadecuados para los veintitantos millones de almas que se hacinan en la ciudad.

Pasamos la tarde en la Basílica de Guadalupe, donde una muchedumbre de criollos, indios, mestizos y mulatos –vivo ejemplo del crisol de mestizajes que es México– se apiñaba para venerar, con un fervor que yo no había visto nunca, a la Virgen, patrona de México. Al anochecer, compramos algunos souvenirs en el Mercado de la Lagunilla y, con los pies reventados y el corazón contento, regresamos al hotel; pedimos servicio de habitación –con champán incluido– y tras ducha, cena y revolución, nos quedamos dormidos como benditos.

Al tercer día, viajamos en taxi a las ruinas de Teotihuacán. Mario, atormentado por el calor y aquejado de una espantosa diarrea –¡oh venganza de Moctezuma!–, se quedó en el restaurante, pegado a un aire acondicionado y bebiendo Coca-Colas, pero yo, más fresca que una lechuga, me subí los cientos de escalones de los templos del Sol y de la Luna, desde donde se divisaba el Valle de México, salpicado de eucaliptos descarnados y escombreras humeantes.

Esa noche nos dimos un paseo por la Plaza de Garibaldi, puro ambiente del macho mexicano. Los mariachis ensayaban sus rancheras y corridos. Pedro Infante presidía, impertérrito, la algazara de guitarras y guitarrones, de trompetas y violines. Mario, tan gentil como siempre, solicitó una canción para mí. Los mariachis, cuando se enteraron de que yo era puertorriqueña, me cantaron “Preciosa”, la bellísima melodía de Rafael Hernández. Y a mí, como me pasa siempre que oigo esa canción, se me saltaron las lágrimas.

Después de unos tragos –de sangre de maguey, según el cantinero– en la Pulquería Hortensia, nos fuimos a cenar a la Fonda del Refugio, en la Zona Rosa, donde saboreamos un delicioso mole poblano, acompañado de tequila y ron. Al salir del restaurante, una pobre india, con un baby a cuestas y una niña de la mano, pedía limosna: “Un pesito, señora, por el

amor de Dios, un pesito pa' que coman los chamacos". En los ojos de aquella madre india se reconcentraba toda la injusticia del mundo.

Al cuarto día, visitamos el Palacio de Bellas Artes y la Galería Nacional, donde contemplé horrorizada *El Teocatl*, lienzo de Luis Monroy –pintor del siglo XIX–: ante una pirámide de cráneos humanos, cuerpos decapitados y cabezas empaladas, un emplumado sacerdote azteca ofrecía a los dioses el corazón sangrante de una víctima. “The Indians weren't angels, after all”, oí que una gringa le decía a su esposo, sacándolo de la sala a toda prisa.

Por la tarde, estuvimos en el Parque de Chapultepec, para visitar el Museo Antropológico, único en su género, el lugar idóneo para hacerse una idea –aunque a vista de pájaro– de lo que significó aquella gran civilización precolombina, de mixtecas, tarascos y mexicas. La conquista –lucha de dos culturas antagónicas–, aunque valerosa, fue bárbara y cruel. Los indígenas –como los tainos de mi Borinquen natal– fueron vencidos, aislados, exterminados, y sólo nos quedó de ellos el recuerdo de su carácter indómito. Unos versos de los *Cantos de Huexotzinguo*, en el frontispicio del patio central, me conmovieron; no los he olvidado:

¿Sólo así he de irme?
¿Como las flores que perecieron?
¿Nada quedará de mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!

Otro día visitamos el Museo de Frida Kahlo, la esposa de Diego Rivera. ¡Cuánto debió haber sufrido aquella mujer de cejas hirsutas y arqueadas! En su desconcertante pintura –centrada

en sus autorretratos— se reflejaba su alma atormentada. Lo de su lesbianismo —o mejor, bisexualidad— no acababa de creérmelo. ¡Claro que tampoco lo había sospechado de la Madre Maleva!

Lástima que Mario siguiera afiebrado y con una descomposición intestinal de órdago porque yo me hubiera quedado varios días más en México. ¡Había tanto que explorar! Regresamos a Nueva York sin descansar siquiera un par de días en Acapulco, como teníamos pensado.

Al poco tiempo de haber regresado de nuestro viaje de luna de miel —y Pepto Bismol!—, nos mudamos a una linda casita con jardín, en New Brighton, un distinguido vecindario de Staten Island. Desde la segunda planta de la casa se podían ver la Estatua de la Libertad, el Verrazano Bridge y el tarjetero perfil de Manhattan.

Desde aquel momento, mi vida transcurriría en la cachazuda y aburrida atmósfera del suburbio. Por la mañana jardineaba un poco o daba un paseo por los alrededores; por la tarde, después de un ligero almuerzo, leía y tomaba notas para una posible tesis doctoral, pero como había perdido mi inicial motivación, esos estudios se fueron yendo poco a poco al traste. Quizás por matar el aburrimiento, no lo sé, me dio por llevar un diario, que pronto se convertiría en mi mejor confidente y compañero; de ahí a estas memorias íntimas no había más que un paso.

Mario —que aspiraba a concejál de la alcaldía de Edward Koch— se levantaba muy temprano, se marchaba a las 6:30 a.m. y ya no regresaba hasta muy entrada la noche. A veces, me llamaba por teléfono para decirme que tenía mucho trabajo y que dormiría, aunque fueran unas horas, en su antiguo apartamento del Village. Con frecuencia, y sin exceptuar los fines de semana, se traía trabajo a casa y se encerraba en su estudio, y no se le podía molestar por nada del mundo, porque entonces se ponía de un

mal humor insoportable. Eso sí, jamás levantaba la voz. Mario seguía siendo una persona controlada, tal vez demasiado cerebral para una mujer tan apasionada como yo. Y no era que hubiera dejado de quererme, sino que, para él, la vida consistía sola y exclusivamente en su carrera, y todo lo demás le parecía secundario.

* * *

Y así pasaron un par de años. Si no feliz, por lo menos me había acostumbrado a la confortable y regalada habitabilidad burguesa. Me mantenía la esperanza de tener un hijo, un hijo que me acompañara en la soledad, un hijo en quien volcar todo el amor y la ternura que yo llevaba dentro. A veces, cuando me lamentaba de nuestra vida sin hijos, Mario me decía que no me preocupara, que si los hijos no venían, pues tampoco era cosa de amargarse la vida. La verdad es que nuestras relaciones conyugales se habían reducido a poco menos que nada.

A mediados de los años ochenta, Mario cayó enfermo de una pulmonía y tuvo que guardar cama durante varias semanas. Estaba imposible, inquieto como un animal enjaulado, siempre al teléfono con tal o cual leguleyo o politicastro. Yo lo cuidé con solicitud materna. Pareció recuperarse, e incluso volvió a trabajar, pero adelgazaba a ojos vistas de forma alarmante. Por las noches se despertaba tiritando o sudando copiosamente. Los médicos no se ponían de acuerdo: unos decían que era sólo agotamiento, que se tomara unas largas vacaciones; otros, en cambio, menos optimistas, hablaban de un misterioso virus que, socavando el sistema inmunológico, acababa con la vida del paciente en menos de un año. Se le recetaron todo tipo de antibióticos, pero Mario estaba cada día más flaco, más demacrado. Se pasaba el día hundido en un butacón, oyendo música de Verdi, su compositor favorito.

Un día, cuando le hablé, por animarlo, de las elecciones municipales que se avecinaban –y en las que él, de haber estado sano, habría participado–, Mario me lanzó una mirada que me heló la sangre. Y como yo insistiera, crispando los puños y masticando las palabras, me gritó: “¡But don’t you see it, damn it! I am dying! I have AIDS”!

No, no era posible; esa enfermedad –de la que hablaban los periódicos todos los días– atacaba a los patos y tecatos, no a un hombre normal como él. “¿Normal? –me atajó con un rictus sarcástico en los consumidos labios– I think it’s about time you know my little secret: I am gay”! No lo creí hasta que me lo hubo contado todo, desde su críptica y torturada vida homosexual hasta su matrimonio conmigo, que había contraído por guardar las apariencias, por asegurarse el éxito en su futura carrera política. Sí, también después de casado, había mantenido relaciones con algún “boy”.

A Mario le horrorizaba que se supiera la verdadera naturaleza de su enfermedad, por lo que me hizo jurar una y otra vez que no revelaría jamás su secreto; que le dijera a la gente que se trataba de cáncer o algo por el estilo. Su familia no hubiera soportado la verdad y, además, quería morir con dignidad.

A los pocos meses tuvo que ser hospitalizado en el St. Vincent Hospital. Los linfogranulomas lo devoraban. Las diarreas y los vómitos lo martirizaban a diario. La piel se le había cubierto de llagas y pústulas escamosas y supurentas.

Yo iba a visitarlo todos los días. Apenas si hablábamos. Al principio lo odié por haberme mentido; me sentía burlada, humillada. Pensé abandonarlo inmediatamente, pero después le tuve lástima, y comencé a verlo más como víctima que como verdugo. ¿Para qué ensañarse con aquel moribundo?

Una tarde fría de enero, entre horribles estertores, Mario pasó a mejor vida.

* * *

Después de la muerte de Mario, Nueva York no tenía ya nada que ofrecerme, así que, como el seguro de vida de mi difunto esposo me amparaba económicamente, vendí la casa de Staten Island, regalé los muebles y parte de mis objetos y prendas personales, y me mudé a San Juan. Y aquí estoy, frente al mar que me vio nacer, recordando, escribiendo, no tanto para consignar las vicisitudes de mi vida sino para desahogarme, para descargar mi rabia y mi tristeza, para aliviar mi soledad. Y así, hasta que me llegue mi última hora.

Los amores y desamores de Camila Candelaria, de Gerardo Piña-Rosales,
se terminó de imprimir el 30 de septiembre de 2014,
festividad de San Jerónimo,
en los talleres de Editorial Color S.A. de C.V., Naranjo 96-Bis,
México D.F., Colonia Santa María la Rivera

Tan pronto como hube bebido ¡hasta la última gota! -aquel líquido oleaginoso y amargo, sentí que la realidad de mi entorno comenzaba a revelármese desde otros ángulos, que mi consciencia se expandía y navegaba ad libitum por las paredes del santuario, revestidas de dibujos y mandalas tibetanos; por la bóveda, tálamo circular o campo de batalla poblado de fornicantes ninfas y quiméricos dragones; por la claraboya, donde repiqueteaba la lluvia; por el denso y enervador aroma del incienso; por el viento, ronco rumor, entre los palmerales, gemebundo como algún animal cautivo o vulnerado. Por primera vez en mi vida me sentía realmente viva, pletórica de energías. Pero, al mismo tiempo, la quietud y el sepulcral silencio que nos rodeaban me sobrecogían. Un cierto miedo, una leve angustia ante lo desconocido se anudaban en mi garganta. Mi ser se descomponía, sin que yo pudiera -ni quisiera- detener el total desvanecimiento de las diferentes -y contradictoria -personalidades que a lo largo de mi vida había ido presentando a los demás.

Gerardo Piña-Rosales (La Línea de la Concepción, Cádiz, 1948). Escritor, fotógrafo, editor y profesor universitario, reside en Nueva York desde 1973. Ha publicado la novela *Desde esta cámara oscura* y numerosos cuentos en antologías y revistas. Es director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Desde 1981 es catedrático de literatura española en el Lehman College y el Centro de Graduados de la Universidad de la Ciudad de Nueva York.

